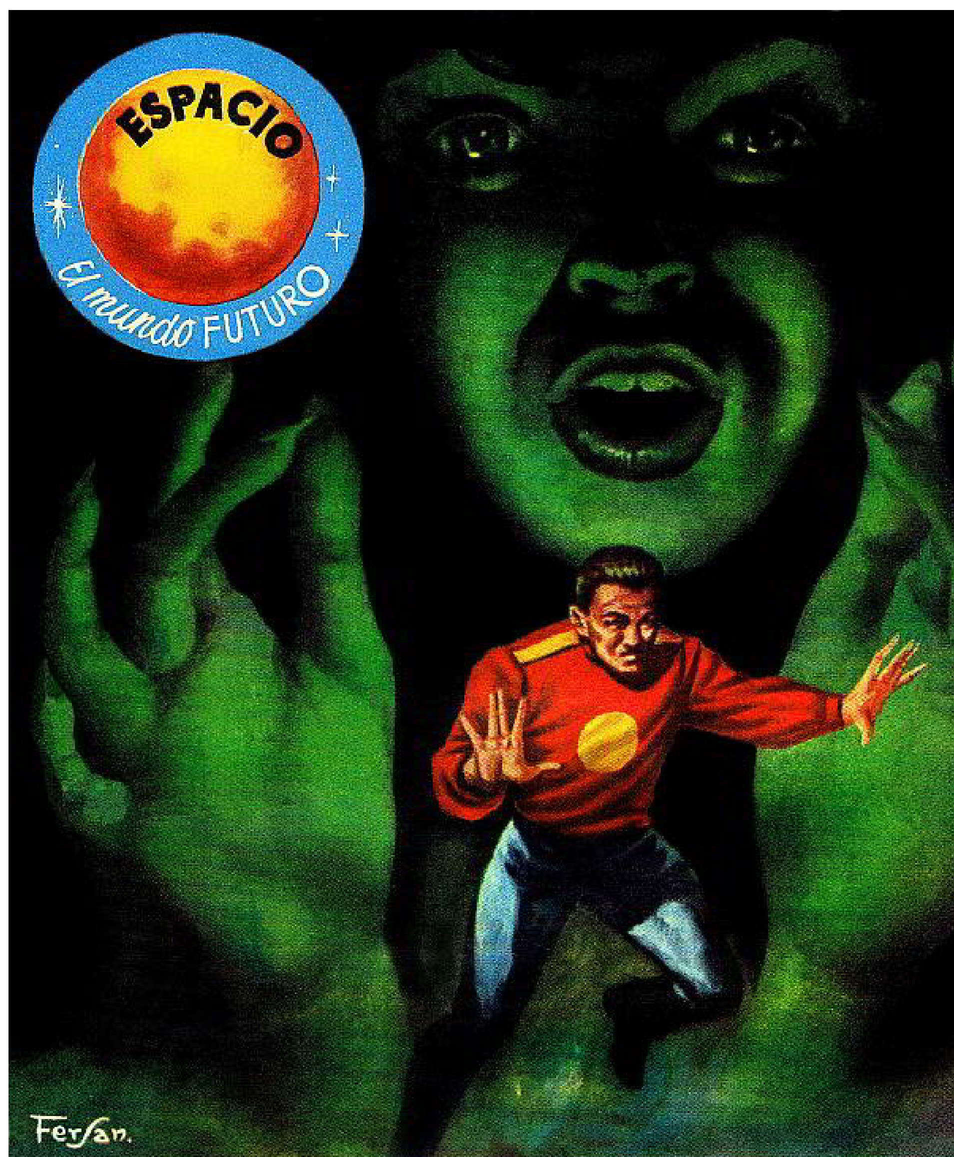


LOCURA ESPACIAL

H. S. THELS

Alan repasó cuidadosamente los aparatos de control de la astronave. Todo iba en orden.

La velocidad conseguida estaba muy por encima de la de la luz, gracias a la «tensión» de los fotones, que, acelerados por un procedimiento especial, proporcionaban una energía cinética verdaderamente formidable.

—¿Todo bien, cariño?

Peterson se volvió, sonriendo a su joven y linda esposa, que le había sorprendido agradablemente.

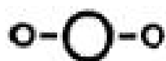
—Todo perfectamente, Gladys querida… Estoy esperando que salgamos del Sistema Solar para, aprovechándome del hiperespacio, dar un definitivo salto que, en pocas horas, nos deje en la constelación de Orión.



H. S. Thels

Locura espacial

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 138



ePub r1.0
LDS 21.12.18

Título original: *Locura espacial*
H. S. 1959
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

—Nos vamos, Fred. Definitivamente.

Miré a mi amigo.

Alan Peterson era un hombre delgado, de rostro pálido y sus ojos, hundidos en profundas órbitas, parecían removerse inquietos allá dentro, como si fuesen prisioneros encadenados. Tenía unas largas manos delgadas y huesudas, que eran como la muestra visible de lo que podía ser el resto de su anatomía.

Pero era mi amigo.

Alan y yo habíamos estudiado astronáutica en la misma Universidad, sólo que yo, atraído más por la medicina, había terminado dedicándome a estudiar esa nueva especialidad que ha sido bautizada con el nombre de Estereofisiología: Fisiología del Espacio.

Antes de decir nada, me quedé mirando a Alan, como si tratase de sopesar las palabras que acababa de decirme.

—¿Por qué os vais? —pregunté al fin.

—La guerra va a estallar de un momento a otro.

Sonreí.

—¿La guerra? ¿Tienes miedo a la guerra?

—Sí —me confesó, con un tanto de rubor en sus pálidas mejillas —. Tengo miedo a la guerra. Es algo tan espantoso, que se me ponen los pelos de punta de sólo pensarlo.

—Comprendo —repuse—. ¿Y hacia dónde vais?

—Orión. Hemos estudiado todas las constelaciones y nos ha parecido que ésa es la mejor. Por los datos que poseemos, parece que en uno de sus sistemas hay cinco planetas, todos ellos habitables.

—¿Seguro?

—No del todo; pero entre cinco es más que posible que haya uno que nos convenga.

—¿Está Gladys de acuerdo?

Gladys era su joven esposa.

—Sí, está encantada. Se ha hecho muy amiga de Helen.

Me sobresalté.

—¿De Helen… Curtis?

Ahora fue él quien sonrió.

—No se llama así —dijo con voz amable—. Ahora es la señora de Bright.

—¿Bright? Creo recordar ese hombre…

El me ayudó.

—Es el director del Centro de Biología Experimental.

—¡Calla! ¡Ya recuerdo! —Sonreí—. ¡Pobre hombre!

—¿Por qué?

Miré fijamente a mi amigo, como si no diese crédito a la expresión de asombro que se leía en su rostro.

—¿Lo has olvidado, Alan? ¿Has podido olvidar el martirio que sufriste por esa mujer? No lo creo posible.

El bajó la cabeza.

—He hecho todo lo posible por olvidarlo —confesó con un hilo de voz, pero sin convicción alguna.

—No lo has olvidado. Eso es todo —insistí—. No se podría olvidar a Helen Curtis aunque pasasen siglos. Recuerdo perfectamente que la conociste en Chicago, en no sé qué demonios de conferencia. Ella no se separó de ti a partir de ese instante. Preveía tu brillante porvenir y no quería que te escapases. Durante un cierto tiempo te hizo creer que estabas locamente enamorado de ella; después, un poco gracias a mí y un mucho gracias a que despertaste de aquella especie de sueno hipnótico en el que ella te tenía sumido, pudiste deshacerte de su funesta influencia.

—¡Afortunadamente!

—Y ahora te vas con ella.

—Es distinto. Ella está casada y yo también.

Dejé escapar una risita breve.

—¡No la conoces! Helen es una mujer que no perdona… Además, amigo mío, lamentándolo mucho, he de decirte que esa mujer no es normal.

—¿Qué quieres decir? ¿Que está loca?

—No es eso. Cuando la llamo anormal no quiero decir que esté enferma… Es una persona extraña y tendrás que reconocerlo…

—Es posible.

—Es cierto. Helen me pareció, desde el momento en que me la presentaste, una mujer extraña, una criatura que no parecía de este mundo.

—¿No estás exagerando, Fred?

Denegué con la cabeza.

—No, no exagero. ¿Recuerdas la especie de maleficio que ejerció sobre ti durante aquellos dos años? Tú también estabas extraño… Hasta conmigo, a quien siempre te ha unido una amistad verdadera. Parecías estar bajo el peso de algo raro… de un encantamiento, si me permites utilizar esa exagerada palabra.

—¡Pero logré escapar!

—Eso es lo que siempre me he preguntado… ¿Has escapado verdaderamente de ésa mujer? Lo que acabas de decirme parece negarlo rotundamente.

—Ya te he dicho antes que es muy diferente… Somos dos matrimonios y ya no pueden existir equívocos respecto a nuestra mutua situación.

—Así lo deseo, de todo corazón…

Hubo un silencio.

Después, interesado por el viaje, pregunté:

—¿Has construido tú la astronave?

—Sí. Es de un modelo moderno, dotado de propulsión por fotones.

—¿Va alguien más que vosotros cuatro?

Sonrió divertido.

—¿Quién es el quinto?

—«Macacus».

—¿Eh?

—Un chimpancé, el animal preferido del profesor Bright.

—¡Vaya compañero!

—Si lo conocieses, no hablarías así. Es un animal sumamente inteligente, bueno y tranquilo. No creo que nos dé mucho trabajo durante el viaje.

—¿Para qué lo lleva Bright?

—Quiere investigar con él. Pero lo quiere demasiado para exponerlo a grandes peligros.

—¿Qué dice Helen de ese chimpancé?

Me miró con una luz claramente interrogativa en sus pupilas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Mera curiosidad.

—Helen está encantada con el animal… La conoce mucho y es a ella a quien parece obedecer con más gusto.

—Lo comprendo.

Me lanzó una mirada de reproche.

—Creí que ibas a animarme más.

Le puse la diestra sobre el hombro.

—Ya sabes que te aprecio sinceramente, Alan. Y que, por nada del mundo, desearía que os ocurriese nada a Gladys o a ti… Ella es una muchacha encantadora y muy bonita.

Sonrió complacido y orgulloso.

—Perdona, Fred… —dijo—. Ya sé que nos aprecias.

—Seguro. Por eso me preocupa que precisamente hayas elegido la compañía de Helen.

—No temas. No ocurrirá nada.

—¿Pensáis volver?

—No. Hemos llegado a la conclusión de que la Tierra no es ningún sitio verdaderamente agradable. Ya sabes que no somos los únicos que han huido ante el temor de la guerra.

—Ya lo sé; pero la guerra puede no estallar y entonces perderás todo lo que has logrado después de tantos años de sacrificios…

Se encogió de hombros.

—¿Y qué importa? Lo interesante es estar junto a Gladys, sea donde sea, pero en un lugar tranquilo, donde poder iniciar por fin una verdadera nueva existencia.

Entorné los ojos, encendiendo un cigarrillo:

—Puede que tengas razón, Alan. Yo, por el contrario, no podría vivir fuera de este viejo y estrecho planeta. Ya sabes que no he salido jamás al espacio, negándome rotundamente a cuantas invitaciones me hicieron… y tú fuiste el autor de no pocas. Siempre he creído que el hombre ha sido hecho para la Tierra y solamente para ella.

—Es un punto de vista muy estrecho.

—Es posible; pero es el mío. Nunca comprendí esa ansia de salir de la Tierra, de visitar nuevos mundos, la mayor parte de los cuales demostraron siempre no estar hechos a nuestra medida.

—Los hay a nuestra medida, Fred. Ya verás cómo encontramos lo que deseamos, en Orión.

—Os lo deseo.

—Saldremos esta misma noche… ¿Conservas aún el receptor que te regalé hace dos años?

—Como oro en paño.

Sonrió.

—Perfectamente. Ya sabes que recibe e impresiona directamente, sin que tengas que molestarte para nada. De vez en cuando, hablaré ante mi emisor, informándote de todo lo qué pasa.

—Te estaré muy agradecido.

Bajó la mirada.

—No es eso, Fred. Es que deseo que sepas todo… Porque…

Intentaba buscar las palabras apropiadas, pero no lo lograba.

Le ayudé:

—Ya sabes que puedes confiar plenamente en mí, Alan.

Levantó la cabeza, sonriéndome agradecido.

—Por eso quiero que sepas todo. Desgraciadamente, no puedo proporcionarte un emisor para que te comuniques conmigo; pero de todas formas, pase lo que pase, sabrás cuanto acontece.

—Gracias.

Guardamos un rato de silencio; después, seguro de que estaba en lo cierto, pregunté:

—¿Por qué no me dices la verdad, Alan?

Tardó unos minutos en contestar.

—Verás, Fred… yo no creo en esas paparruchas, pero Gladys…

—¿Qué quieres decir?

—Gladys posee, ya lo sabes, un espíritu infantil, tremendamente crédulo… Quizá sea eso lo que me la hace parecer aún más encantadora… Hace unos días fue a ver a un astrólogo.

Sonreí.

—¿Es posible?

—Sí. Yo no supe nada hasta la noche… Me percaté de que temblaba y tuve miedo de que estuviese enferma. Entonces le pregunté qué le pasaba.

—¿Qué dijo?

—Se defendió, intentando ocultarme la verdad; pero, finalmente, me lo confesó todo.

—¿Qué le había dicho el astrólogo?

—Le habló de un viaje muy largo… y al mismo tiempo muy corto…

Lancé una carcajada.

—¡Siempre dicen cosas como ésa, Alan! Conceptos confusos, imprecisos, que no les comprometan en absoluto y que siempre les dejan bien.

—Tienes razón.

—¿Qué más dijo?

—Le puso en guardia contra una mujer que iba a ser la compañera de viaje. «Tenga usted cuidado —le repitió varias veces —; esa mujer posee poderes malditos y buscará el hacerles daño, a usted y sobre todo a su esposo».

Yo me había puesto bruscamente serio y escuchaba atentamente.

—Gladys —prosiguió diciendo mi amigo— intentó saber más, pero el astrólogo le confesó que temía el poder de esa mujer…

—¿Helen?

—No podía ser otra.

Guardamos un largo silencio.

—¡No creas nada de todo eso, Alan! Un hombre de ciencia como tú no puede dar crédito a semejantes estupideces.

—Yo no creo nada.

—¡Bien hecho! Es muy distinto lo que yo decía; que tienes que tener cuidado con ella. Pero mis advertencias se refieren exclusivamente a lo que una mujer despechada es capaz de hacer.

Me miró.

—Tú has dicho también que Helen es una mujer extraña…

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Yo no he querido…

Se levantó, interrumpiéndome con un gesto y una sonrisa.

—Recibirás mis noticias con cierta frecuencia. La ilusión de estar en una relativa comunicación contigo me hará mucho bien.

—Puedes contar conmigo.

—Gracias.

Nos abrazamos y se fue.

Yo me quedé junto a la puerta, bajo el peso de una indescriptible sensación de angustia.

Como si ya previese algo…

Pero, aunque hubiese hecho funcionar toda mi inteligencia ayudada por la más exaltada fantasía, jamás hubiera logrado anticipar, no solamente los horrores que esperaban a mi amigo, sino, y eso era lo más importante, el profundo y sorprendente destino de aquel viaje, cuya esencia había adivinado el astrólogo.


LOCURA
ESPACIAL

CAPÍTULO PRIMERO

PLANETA NÚMERO UNO. —GENERACIÓN ESPONTANEA



migo Fred: Nuestra astronave surca el espacio, como convenido, a una velocidad extraordinaria. La Tierra, con sus problemas y miserias, ha quedado ya muy lejos y apenas si es visible.

»Hemos despegado del astródromo especial de California, en los laboratorios particulares del profesor Brigth.

»Todo va bien a bordo.

»He querido comunicarme contigo para decirte que todos estamos contentos y que nada ha ocurrido de lo

que temíamos. Helen se porta muy correctamente con todos, aunque pasa mucho tiempo en su cabina, ya que desdichadamente padece mareos. Y nada más, amigo mío…».

* * *

Alan repasó cuidadosamente los aparatos de control de la astronave. Todo iba en orden.

La velocidad conseguida estaba muy por encima de la de la luz, gracias a la «tensión» de los fotones, que, acelerados por un procedimiento especial, proporcionaban una energía cinética verdaderamente formidable.

—¿Todo bien, cariño?

Peterson se volvió, sonriendo a su joven y linda esposa, que le había sorprendido agradablemente.

—Todo perfectamente, Gladys querida… Estoy esperando que salgamos del Sistema Solar para, aprovechándome del hiperespacio, dar un definitivo salto que, en pocas horas, nos deje en la constelación de Orión.

—¡Un mundo nuevo! —exclamó ella, entornando los ojos—. ¡Siempre soñé con eso, Alan!

—Ahora, amor mío, tus sueños se convertirán en la más hermosa realidad. Mira estos mapas… Corresponden al Sistema «Beta» de la constelación. Es, según los últimos estudios que pude hacer, el más apto para encontrar ese mundo que todos soñamos.

—¿Semejante a la Tierra?

—En cierto modo, sí; en lo que puede referirse a las condiciones físicas de la vida; pero por otra parte esencialmente distinto… ¡nuevo, completamente nuevo, como tú has dicho antes! Un mundo hecho para nosotros, en el que podremos vivir sin que el fantasma de la angustia pese siempre sobre nosotros.

—¿No estaremos… demasiado solos? —inquirió su esposa.

Alan sonrió.

—Será una soledad relativa, circunstancial, momentánea… Luego, Gladys, vendrán nuestros hijos y los de los Brigth. Y una

nueva humanidad se formará en el transcurso del tiempo.

—¡Es un hermoso sueño!

—Una realidad maravillosa.

Un gruñido les interrumpió y «Macacus», apoyándose ligeramente en los peludos nudillos, penetró en la sala de mando, quedándose mirando a los dos humanos.

Gladys sonrió, acercándose al animal.

—¡Hola, amiguitos!

Luego, volviéndose a Alan, añadió:

—Brigth no ha pensado en este pasajero.

Su esposo se extrañó.

—¿Qué quieres decir?

—Que debía haber traído… a una chimpancé… ¿No te parece?

Rieron.

—¿Quién sabe —dijo él— la clase de fauna que nos encontraremos en aquellos planetas?

—¿Aquéllos? Iremos a más de uno…, ¿no es así?

—Sí. Visitaremos los cinco del Sistema «Beta». Así podremos elegir el que mejor nos plazca.

—¡Qué interesante! Hasta es posible que tengamos uno especialmente para pasar los fines de semana, ¿verdad, querido?

—No lo tomes a risa, Gladys, ya que es más que posible.

Ella acariciaba la peluda cabeza del chimpancé, que la miraba con sus grandes ojos abiertos.

—A veces —dijo la joven— me parece que nos entiende.

—En cierto modo, sí —dijo él—. «Macacus» es inteligente y te lo demostrará en muchas ocasiones.

—¿Para qué lo ha traído el profesor, Alan?

—Para estudiar el comportamiento de los antropoidea en mundos lejanos. Es parte de un libro importante que se propone escribir.

—¿Un libro? —Ella sonrió, tristemente—. ¿Quién va a leer ese libro, Alan?

—Nuestros descendientes, pequeña… Quiero que empieces desde ahora mismo a no preocuparte excesivamente de la relativa soledad en la que nos hallaremos. Estando juntos no desearemos más.

—Perdona, cariño… A veces —entornó los ojos como si viese lo

que estaba pensando— creo que cuatro personas solas en un mundo es demasiado poco.

—No puedes afirmar que estemos solos. Puede que alguno de los planetas que vamos a visitar estén habitados.

* * *

Aprovechándose del hiperespacio, Alan consiguió situar la astronave en las cercanías del Sistema «Beta» en muy pocas horas. Mirando por el ojo de buey, observó la estrella que alumbraba a los cinco planetas, que rodaban mansamente a su alrededor. Y, por primera vez, sintió una impresión de duda, preguntándose en cuál de aquellos mundos iba a formarse la pequeña humanidad que brotaría de los cuatro habitantes de la astronave.

La llegada del profesor le sacó de su ensimismamiento.

—¿Hemos llegado ya?

—Muy pronto, amigo Charles… Si te parece, empezaremos visitando el planeta más externo, el más alejado de este sol «Beta»…

—Tú eres el que dirige la expedición, Alan. Lo que hagas estará bien hecho.

Peterson maniobró hábilmente, colocando el astrocohete en una órbita propicia; después, lentamente, empezó a hacerlo planear hacia el planeta.

Brigth miraba atentamente aquel mundo.

—Parece un poco más pequeño que nuestra Tierra —dijo.

—Todos lo son —aclaró Alan—, pero todos poseen atmósfera.

—Es una verdadera suerte.

—Voy a hacer unos análisis previos a distancia. Así confrontaremos rápidamente los datos.

Momentos más tarde el «teleanalizador» proporcionaba detalles que venían a confirmar las acertadas hipótesis de Alan. Aquel planeta era perfectamente habitable, por lo que respectaba a la constitución de su atmósfera y podrían visitarlo sin necesidad de vestir los pesados y molestos trajes espaciales.

—¡Voy a avisar a Helen! —exclamó el profesor, con una alegría infantil.

Alan fue haciendo disminuir la velocidad de la astronave, empezando a planear, de manera a echar una ojeada previa antes

de elegir el lugar donde se pudiese aterrizar de mejor manera.

Abandonando los aparatos, después de conectar el piloto automático, se acercó al ojo de buey, contemplando el mundo que empezaba a desfilar bajo él. Tuvo, no obstante, la mala suerte de mirar en el momento en que empezaba la noche, viéndose obligado a esperar a que el astronave diera la vuelta sobrevolando la zona iluminada por el sol «Beta».

No dejó de llamarle la atención, una vez se hizo el día, la ausencia de vegetación en aquel mundo, aunque el color de la tierra, en algunas zonas, parecía sentar que existían notables diferencias en su constitución.

«Es posible —pensó— que se trate de una flora enana; pero deseemos encontrar productos alimenticios, si es que queremos instalarnos aquí».

Llevaban gran cantidad de provisiones y un «hidrogenerador», que funcionaba en conexión con la pila atómica de a bordo, capaz de proporcionarles toda el agua que necesitasen; pero, naturalmente, debían buscar un planeta en que, si no para ellos, hubiese probabilidad de vida y subsistencia para sus sucesores.

La existencia de oxígeno en la atmósfera de aquel planeta, así como de los demás elementos del ambiente terrestre, debían demostrar patentemente la posibilidad de seres vivos regidos por funciones fisicoquímicas semejantes a los que poblaban la Tierra.

«Puede ser —se dijo— que hayamos llegado a un mundo demasiado joven en el que la vida no ofrezca más que un aspecto elemental. Pero lo dudo, ya que los planetas en formación, en lo que a la vida se refiere, no pueden ofrecer el tranquilo aspecto de éste, puesto que necesitan una verdadera tormenta química para convertir los elementos químicos dispersos en materia viva».

De todas formas no podía pensar que aquel viaje no iba a plantearle problemas complejos, cuya solución, una vez hallada, le hiciese sonreír después. La pluralidad infinita de mundos se prestaba a la existencia de toda una gama de formas de ser, que no podían ser compendiadas en el modelo de la vieja Tierra.

Entretanto había visto una zona llana donde podría posarse el aparato y abandonando la observación, tomó los mandos, desconectando previamente el piloto automático y haciendo que la nave tomase suave contacto con el suelo del planeta momentos

después.

Todos los demás se precipitaron en la cabina.

Primero llegó Gladys, que se acercó al ojo de buey, observando emocionada el mundo al que acababan de llegar. Después, tras «Macacus», que parecía tan agitado como los humanos, penetró en la cabina el profesor, seguido de Helen.

Ésta era una mujer ciertamente hermosa; pero así como la belleza de Gladys era fácil, abierta como una sonrisa sincera, la de Helen llevaba un sello de misterio, como si una aureola negra, que se prolongase de sus cabellos endrinos y su piel morena, la circundiese.

De todo su rostro, los ojos eran lo primero que llamaban la atención: negros, grandes, rasgados y profundos, parecían gozar de vida propia, como si estuviesen completamente aparte del resto del cuerpo.

—¡Hola, Alan! —saludó ella, con una insidiosa sonrisa, como solía hacer siempre.

Sin poderlo evitar, como cada vez, Peterson sintió un rubor ligero que le subía a las mejillas.

—Hola, Helen…

—¿Hemos llegado, eh?

—Sí.

Intervino el profesor:

—Comprueba los datos, Alan. ¡Estoy deseando bajar!

—Sí.

El joven repitió las «tomas» de aire, pasándolas al analizador que tornó a dar las cifras que ya conocían.

—Todo bien.

—¡Afuera entonces! —exclamó Charles—. ¡Vamos todos!

Se abrió la compuerta y descendió la rampa por la que, instantes después, bajaban los astronautas, poniendo los pies, por vez primera, en el suelo del Planeta número uno.

Una especie de ligera bruma se arrastraba por tierra, moviéndose al empuje caprichoso de una agradable brisa.

—No veo vegetación —dijo Alan.

—Ése es un punto importante —repuso Brigth—. Daremos una vuelta y comprobaremos algunas cosas.

Nada sacaron en limpio de aquel primer paseo, regresando junto

a la astronave para almorzar. Después, por iniciativa del profesor, sacaron del cohete una amplia tienda de campaña, estableciendo un campamento junto al aparato.

—Se respira maravillosamente bien —dijo Gladys.

—Tienes razón, querida. Aunque el sistema de aire acondicionado de la astronave es excelente, no puede compararse con esta atmósfera tan pura.

—Mañana —intervino Charles— iremos tú y yo, Alan, a dar una vuelta más amplia. Sacaremos el auto-oruga. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Tenemos que darnos cuenta de lo que se puede encontrar en este planeta. Si vemos que no hay vegetación ni animales que puedan servir de alimento, no tendremos más remedio que abandonarlo.

—¡Todavía nos quedan cuatro, querido! —exclamó Helen.

* * *

Alan y el profesor habían salido muy de mañana rumbo al norte del planeta. La neblina era menos intensa que el día anterior y las dos mujeres se quedaron largo rato en la astronave, arreglando cosas y dando de comer a «Macacus».

Hacia mediodía bajaron al campamento, poniéndose Gladys a preparar la comida para ambas. Sentada junto al chimpancé, Helen fumaba un cigarrillo.

—¿Eres feliz, Gladys? —inquirió, bruscamente.

La rubia se estremeció, sorprendida por aquella inesperada pregunta. Jamás, hasta aquel momento, no se había atrevido Helen a inmiscuirse en su vida privada.

—Sí, mucho —repuso, sin volverse, pero sintiendo la mirada de la otra sobre su nuca.

—¡Alan es un muchacho excelente!

—Así es.

Hubo una pausa.

—Sabes que fuimos novios, ¿verdad? Porque supongo que no te lo habrá ocultado.

—Me habló de ello —repuso Gladys— ligeramente. No le concedí ninguna importancia.

Helen se mordió los labios.

—Fue un período muy interesante de mi vida. Aprendí a conocer a Alan y me convencí, de una manera inequívoca, de que era el hombre que me convenía.

Molesta, Gladys se volvió, mirando fijamente a la otra.

—¿Por qué no lo conservó, sin tan importante era para usted?

Helen lanzó una alegre carcajada.

—¿Cómo? ¿Me tratas de usted? ¡No me hagas caso, pequeña! Estaba hablando por hablar. Si te he hecho daño, te ruego que me perdones.

Gladys sonrió, a su vez.

—No. No me ha hecho…, es decir, no me has hecho daño alguno. Encontré solamente extraña tu pregunta…

—Me aburro soberanamente. Eso es todo.

—¿Por qué? ¿No encuentras interesante este viaje?

—Así, así… Tengo ganas de que encontremos el sitio definitivo para quedarnos. Aunque lo dudo.

—Yo no. Este Sistema parece propicio y no creo que Alan se haya equivocado.

—Él no se equivoca nunca…, al menos aparentemente.

Gladys había dejado la auto-marmita, en cuyo doble fondo ardía una mezcla de uranio. Sentada en el suelo, empezó a juguetear con un poco de tierra.

—Parece arcilla —dijo al cabo de unos minutos de silencio—. Cuando iba a la escuela nos entreteníamos en hacer figuras de arcilla… ¡Era tan divertido!

Y empezó a moldear una especie de esfera a la que, momentos más tarde, alargaba en forma de huso, como si quisiese hacer una figura humana.

Lo consiguió a medias. Entonces la dejó sobre la tierra y volvió a coger otra.

Helen la miraba atentamente.

Unos minutos más tarde, cuando construía su tercera figura dejándose llevar por la fantasía, se percató de que las dos anteriores se estaban moviendo.

—¿Eh? —se alarmó.

—¿Qué ocurre, Gladys? —inquirió Helen levantándose.

—¡Fíjate! ¡Estas figuras se mueven!

Así ocurría, en efecto.

Como si estuviesen animadas de vida propia, los esbozos que había construido se movían de un lado para otro, arrastrándose sobre las cortas y gruesas patas que les había proporcionado.

—¡Es fantástico!

—¡Déjame verlo! —dijo Helen.

Y se puso a contemplar aquellas «criaturas», que, ahora con mayor libertad que antes, iban de un lado para otro, juntándose, separándose y corriendo a veces con singular velocidad.

—¿Qué puede significar esto? —inquirió, asombrada, Gladys.

—No lo sé —contestó Helen perpleja—; pero es bastante divertido. Voy a hacer yo también unas cuantas figuras.

Y uniendo la acción a la palabra, empezó a moldear, rápidamente, seres curiosos, fantásticos, a los que dotaba de varias cabezas o múltiples patas, riendo como una loca cuando, momentos más tarde, se animaban con vida propia.

—¡Qué divertido!

Dejándose llevar por la animación de la otra, Gladys siguió dando curso a su fantasía y creando figuras que se iban animando seguidamente, formando al cabo de un rato un extraño y curioso pueblecillo que hormigueaba a los pies de las dos mujeres.

«Macacus» saltaba de alegría viendo todo aquel ir y venir de las pequeñas formas; después, bruscamente, todas se alejaron corriendo.

—¡Se van! —exclamó Helen decepcionada.

Las vieron alejarse hasta que desaparecieron por completo.

—Es curioso —dijo Gladys.

—Quizá mi marido pueda explicarnos de qué se trata.

Mientras comían charlaron de todo aquello que les había ocurrido. Después se ocuparon en algunas tareas en la astronave. Un poco antes de ocultarse el sol «Beta», el vehículo se detuvo ante el aparato y los dos hombres descendieron.

Las dos mujeres corrieron a su encuentro.

Después de besar a sus respectivos maridos, hablaron, casi al tiempo, explicando lo de las figuras. Sentados junto al fuego que habían encendido al lado de la amplia tienda, dividida en dos, los hombres escuchaban atentamente.

—¿Qué te parece, Charles? —dijo Alan, cuando las dos jóvenes

terminaron su descosido relato.

—No sé qué decir —contestó Brigth—. Tendremos que estudiarlo nosotros mañana mismo…

Alan miró la tierra que tenía junto a él y, sin poderlo evitar, realizó una pequeña figura, que, momentos después, se movía lentamente.

—¡Fíjate en esto! —exclamó.

Charles observó detenidamente la semiesfera que se movía lentísimamente. Poco a poco, una especie de patas surgieron de la parte inferior, aumentando la velocidad de la «cosa».

Antes de que los otros pudiesen evitarlo, Bright, llevado por su espíritu deductivo, había cogido un cuchillo y partido en dos la esfera que Alan había formado.

Los dos partes cayeron al suelo inmóviles.

—¡La has matado! —exclamó Helen.

Pero a los pocos instantes, una tras otra, las partes cortadas volvían a animarse, moviéndose poco después sobre las incipientes patas, como si nada hubiese pasado.

—¡Has hecho dos! —exclamó la esposa del sabio.

—¿Qué puede significar esto? —inquirió Gladys.

Charles sonrió.

—Evidentemente —dijo—, se trata de una forma de generación espontánea, que quizá surge por la acción del electromagnetismo de nuestro cuerpo. Al tocar esta arcilla, que en realidad ya es materia viva, la animamos, diferenciándola del resto.

—¿Quieres decir que todo el suelo es materia viva? —inquirió Alan alarmado.

—Es probable; pero no hay que tener miedo…

Acababa de decir aquello cuando observaron que las patas de la «cosa» se ponían a crecer, al tiempo que el cuerpo aumentaba de volumen.

—¡Mirad cómo crece!

Momentos más tarde los finales de las patas se ampliaron, dividiéndose en varias partes alargadas.

—¡Le salen manos!

Era un fenómeno curioso e interesante pero que, al mismo tiempo, ofrecía algo de intranquilizador.

La «cosa», una vez estuvo dotada de manos, empezó a arrancar

trozos de arcilla, con los que iba esculpiendo, de manera rudimentaria, figuras semejantes a la suya y que, a los pocos momentos, se animaban de idéntica forma.

—¡Es fantástico! —exclamó Alan.

Nada ocurrió hasta que, al cabo de media hora, el número de «cosas» vivas era ya tan grande que las mujeres se levantaron, con una expresión de miedo.

Hasta «Macacus» gruñía sordamente.

—Pasaremos la noche en la astronave —propuso Charles—. Esto no tiene importancia, pero será mejor que nos encerremos. Ya veremos mañana.

* * *

Al alba, Alan se despertó inquieto, procurando dejar tranquila a Gladys, que dormía a su lado.

Abandonó la cabina y fue a la sala de mando, desde cuyo ojo de buey contempló el exterior.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Toda la extensión visible estaba llena de «cosas»; pero no era aquello lo peor. La tienda de campaña y todos los utensilios habían desaparecido casi totalmente, devorados por las extrañas figuras que, además, rodeaban las toberas, una de las cuales casi había sido ya completamente devorada.

La superficie del planeta parecía hervir de vida, como si todo se hubiese convertido en materia ávida de devorar cuanto se pusiese a su alcance.

Corriendo, Alan despertó a Charles, que le acompañó, en pijama, a la cabina, para observar lo que había ocurrido.

—¡Hay que despegar ahora mismo!

Alan obedeció, y minutos más tarde la astronave era puesta en marcha. Cuando, finalmente, el aparato se elevó por los aires, los dos hombres lanzaron un profundo suspiro.

* * *

«Querido amigo Fred: Por lo que te he comunicado, ya habrás visto el horroroso panorama que encontramos en el Primer Planeta. He hablado largamente con Bright, que no ha podido explicarme satisfactoriamente el fenómeno que vimos.

»Parece ser que, al contacto con la energía vital de nuestros cuerpos, despertamos la vida elemental de aquel mundo, que estalló, como en una salvaje primavera.

»De habernos quedado unas horas más, hubiésemos sido devorados, como todo nuestro material, por aquellas "cosas" implacables…

»¿Qué puede esperarnos en los otros mundos, Fred? Ésa es mi única preocupación. Respecto a tus temores por Helen, creo que, por fortuna, te has equivocado, y eso me alegra enormemente.

»Hasta ahora, Helen se porta muy bien con Gladys y conmigo. Y eso es lo más importante, ya que el resto, las sorpresas que nos puedan esperar en este lejano sistema, sabremos vencerlas con un poco de suerte.

»Espero que la guerra no haya estallado y que puedas seguir trabajando en medio de la paz que tanto te deseo…».

CAPÍTULO II

PLANETA NÚMERO DOS. —EL INSÓLITO AMOR DE «MACACUS».



harles, ¿te das cuenta de que éste es mucho más pequeño?

Bright asintió con la cabeza.

—Sí —dijo después de un silencio—, aunque las manchas de vegetación aquí son indudables.

Y sonrió con la satisfacción de haber encontrado lo que buscaba.

Acababan de hacer funcionar el «teleanalizador», obteniendo cifras completamente normales en la composición cuantitativa y cualitativa de la atmósfera del Planeta número Dos.

—¿Habrá agua? —inquirió Alan.

—Seguro.

—Quiero decir en grandes masas, como en la Tierra.

—Es probable.

Peterson determinó la órbita, hizo que el aparato descendiese y después que los dos hombres echaron una ojeada a la superficie de aquel astro, tomaron la determinación de aterrizar junto a un pequeño lago, no lejos de un espeso bosque de árboles gigantescos.

—Esto es completamente distinto —dijo Bright, con una sonrisa de satisfacción.

—Debíamos bajar nosotros solos. Gladys está descansando y creo que Helen sigue mareada.

—Es verdad. No sé qué determinación tomar con mi esposa…

—¿Es grave?

—Ya te digo que no lo sé. Parece malhumorada, con los nervios siempre en tensión. La mayor parte de las veces prefiere estar completamente sola, en su cabina particular.

—Pronto le pasará. No creo que debas tomarlo muy a pecho.

—Así lo espero. ¿Bajamos?

—Cuando quieras.

Descendieron y Alan, desconfiado, tomó una porción de tierra, moldeándola y dejándola sobre el suelo.

Charles sonrió.

—¿Esperas obtener nuevamente vida?

—No me fió. Eso es todo.

Pero nada ocurrió, demostrándoles que la generación espontánea del Primer Planeta no se desarrollaba allí.

—¿Te has convencido?

—Sí.

Empezaron a andar. Alan llevaba un analizador portátil y tomó algunas plantas, obteniendo cifras semejantes a las de los vegetales de la Tierra. Igual resultado obtuvo con los árboles y el agua del lago, que ambos probaron con visible satisfacción.

—¡Creo que hemos encontrado lo que buscábamos! —exclamó Bright con un entusiasmo rayano en lo infantil.

—Me gustarla que fuese así —dijo Alan.

—¿Estás cansado de vagabundear por el espacio?

—Un poco, lo confieso.

—Pronto te cansas. Ya sabes que, aunque nos instalemos aquí, iremos, tú y yo, a visitar los restantes planetas, aunque sólo sea para echarles una ojeada.

Hubo un corto silencio.

—¿Y si nos acercásemos al bosque? —propuso Alan.

—Vamos.

El espectáculo de aquella lujuriante naturaleza era ciertamente impresionante, y los dos amigos gozaron en la contemplación de algo que no admitía comparación con nada de lo que habían visto.

—¿Te has dado cuenta del tamaño de los árboles?

—Es colosal.

—Parecen semejantes a los de la Tierra, pero las dimensiones descomunales del tronco y de las ramas los hacen parecer monstruosos.

—No dejan de ser bellos.

Las hojas eran también enormes y su forma curiosamente circular, con un peciolo central que las unía a larguísimos tallos.

Fue Alan el primero en descubrir una silueta que pasaba velozmente de una rama a otra.

—¡Albricias! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de ver algo que no puede ser más que una ardilla. Saltaba velocísimamente.

—Eso es buena señal. Si existen mamíferos desarrollados, la vida en este planeta será semejante a la del nuestro.

—Espera… acabo de ver otra silueta.

—Es mejor que miremos con los gemelos.

Lo hicieron, observando atentamente los espacios claros que quedaban entre las enormes hojas.

De repente, Bright lanzó un grito:

—¡No son ardillas, Alan!

—¿Dónde lo has visto?

—Allá, a la izquierda, junto a aquella rama que parece cubierta de moho.

Peterson enfocó sus potentes prismáticos hacia el lugar indicado por su amigo, y momentos más tarde vio «aquello» que tanto le había llamado la atención.

—¡Es un mono! —exclamó, maravillado.

Charles tardó en hablar. Dijo:

—Sí, son primates, pero de una especie desconocida en la Tierra… El pelo es completamente blanco, aunque he visto uno de color canela… Tienen el cráneo casi como nosotros… ¿No serán

hombres, Alan?

—¡Imposible! ¿No te has dado cuenta de la larga cola prensil que poseen?

—Es verdad.

Siguieron contemplando detalladamente a aquellos curiosos animales que, creyéndose a salvo de la observación de los curiosos visitantes, se habían agrupado en lo alto de los árboles, moviéndose como endemoniados, gesticulando fuertemente y dando pequeños saltos inquietos de un lado para otro.

—Fíjate en sus labios, Alan; parece que hablan.

—Deben de gritar, solamente…

Charles sonrió.

—«Macacus» va a ser el único afortunado de la expedición. Él, por lo menos, ha encontrado congéneres suyos, en gran cantidad.

—¿Crees que llegará a entenderse con ellos?

—Es muy posible. Los antropoides suelen ser muy sociables entre ellos. Pero no es eso lo que me preocupa, sino que la existencia de esos animales parece indicar la de una posible de seres humanos.

Alan frunció el entrecejo.

—¿Te desagradaría?

—¡Hombre! —dudó unos instantes, presa de pensamientos contradictorios, de ideas adversas; después—: Todo depende de la clase de hombres que encontremos. No creo que la experiencia que tenemos de la humanidad nos lo haga desear.

—No hay que llevar las cosas hasta tal exageración. Una raza joven, que se plegase a nuestra civilización, podría ser, en nuestras manos, una herramienta maravillosa para el futuro.

Peterson no dijo nada, limitándose a encogerse de hombros.

—¿Volvemos? —inquirió, creyendo que la observación de los animales había durado lo suficiente.

—Bueno.

Cuando llegaron junto a la astronave, las dos mujeres les esperaban junto a la escalerilla. Al lado de Helen, como siempre, estaba el chimpancé, sentado en el suelo y dando una mano a la joven.

Bright puso a las muchachas en antecedentes de lo que habían visto; después, acariciando al cuadrumano, dijo:

—¡Tienes amigos aquí, «Macacus»! Vaya suerte, ¿eh?

El chimpancé abrió la boca, mostrando sus largos dientes amarillentos, luego emitió una serie de sonidos ininteligibles.

—¿Qué demonios me estás contando? —inquirió su dueño.

—¿Por qué no lo llevas cerca de ese bosque, querido? —propuso Helen—. No creo que le hagan daño.

Charles frunció el entrecejo.

Amaba extraordinariamente a aquel animal y no deseaba que le ocurriese nada desagradable. Pero el peso de la voluntad de Helen se imponía mucho más que otra cosa.

—Está bien. Alan le llevará junto a los árboles… Yo voy a intentar darme cuenta de si podemos instalamos provisionalmente en los alrededores de este lugar.

Peterson cogió la correa que el animal llevaba atada al collar.

—¿Debo soltarle por completo? —inquirió.

—¡Sí! ¡Sí! —insistió Helen—. ¡También tiene derecho a divertirse! ¿No es verdad lo que dice mamita, pequeño mío?

Alan echó a andar, sonriendo a Gladys, que, después de unos instantes de dudas, echó a correr detrás de su esposo.

—¡Espera, querido! ¡Voy contigo!

Y una vez que se hubieron alejado, preguntó:

—¿Te has dado cuenta, Alan, de la ridícula manera de hablar al chimpancé?

Él sonrió; después dijo conciliador:

—No debes tomárselo en cuenta, pequeña. Siempre fue un poco histérica.

—¿Un poco?

Alan se alarmó y mirándola preguntó:

—¿Te ha ocurrido algo con ella, querida?

—Nada; pero tiene una manera de mirarte que me pone nerviosa… ¡Es como si no se hubiese dado por vencida, como si todavía creyese que iba a convertirle en su esclavo!

—Exageras, Gladys. Y ya sabes que no me gusta que te dejes llevar por esos estúpidos arrebatos. Tú eres una mujer entera, sin desequilibrios neuróticos… y a la que amo cada vez más.

—Ya lo sé, Alan… Perdóname; pero es que hay momentos en que consigue sacarme de quicio.

—No es ésa la manera de pensar y juzgar a alguien que ha de

vivir con nosotros mucho tiempo, querida.

Habían llegado junto al bosque y ella se alegró, ya que no hubiese querido que las palabras que iba a pronunciar fueran oídas por Alan.

Pero las dijo para sus adentros.

«Eso es lo que me pesa; que tenga que vivir junto a esa harpía el resto de mi vida. Si lo hubiese sabido, hubiera preferido los horrores de la guerra en la Tierra, antes que la presencia de esta maldita bruja…».

Alan estaba quitando el collar a «Macacus», que ya tendía su trompa hacia el bosque, dilatando sus amplias narices y oliendo las lejanas emanaciones de la fronda.

—¿Estás impaciente, eh?

—¿Crees que no le ocurrirá nada? —inquirió ella.

—No lo sé, Gladys; pero este animal no me pertenece, y Charles y su mujer son sus dueños.

—Comprendo.

Una vez estuvo libre, «Macacus» lanzó una agradecida mirada a Alan, gruñó profunda y roncamente y salió de estampida, trepando por los árboles con una extraordinaria agilidad.

—Tienes razón —concedió la joven.

—¿Razón? ¿Por qué, Gladys?

—Porque me hace el efecto de que ese animal no ha sido nunca tan feliz como lo es ahora.

Alan sonrió.

—¡Qué mala eres!

—¿Por qué? ¿No tengo razón? ¡Si vieses todos los martirios estúpidos que ha sufrido el pobre!

—¿Lo ha… martirizado?

—Hubiese sido mucho mejor que lo hiciese, si te refieres taxativamente a la significación de la palabra. Pero hay muchas maneras de martirizar, aunque las apariencias tiendan a demostrar lo contrario. Le hacía devorar las vitaminas por paquetes enteros; luego, cuando caía «enferma», con esos mareos imaginarios que padece, olvidaba al pobre animal por completo, y como ya sabes qué Charles es tan distraído, pasaban los días sin que nadie se acordase de él. Es decir, yo le llevaba de comer, a escondidas.

—Helen tiene un carácter extraño, es verdad; pero no creo que

lo hiciese por maldad.

—No me importa que la defiendas…

—Yo no…

—Es igual. Es posible que algún día te des cuenta de lo que es verdaderamente esa mujer.

Sin poderlo evitar, Alan recordó las palabras que había pronunciado su amigo Fred Carson antes del viaje; pero, sobreponiéndose, sonrió y prefirió no continuar aquella conversación que se estaba haciendo tan desagradable como enojosa para ambos.

Por otra parte, estaban llegando junto a la astronave.

Una sorpresa les esperaba.

Charles, ayudado por su esposa, estaban terminando de montar el esqueleto plegable de las dos casitas prefabricadas que habían traído. Las habían colocado bastante separadas, de manera a que los dos jóvenes matrimonios gozasen de una positiva independencia.

—¿Qué os parece? —inquirió ella con una sonrisa de triunfo.

—¡Admirable! —repuso Alan—. Y, por lo que veo, lo de quedarnos aquí va completamente en serio.

—¡Completamente! —subrayó Bright.

—Vamos a ayudaros.

Trabajando los cuatro tardaron cerca de seis horas en terminar la construcción de aquellas coquetonas viviendas, instalando en el interior los muebles articulables que correspondían a cada una de ellas.

Después, las mujeres se dedicaron a terminar con los detalles ornamentales, metiéndose luego en sus respectivas cocinas para preparar una suculenta comida, que estuviese a la altura de las circunstancias.

Por iniciativa de Helen comieron los cuatro en la casa de los Bright, pasando una agradable velada, hasta que la llegada de la noche les instó a separarse.

Una vez en su casa, Gladys contempló, con una sonrisa sincera, cómo su esposo cerraba la puerta de su hogar.

Él, al volverse, se sorprendió de aquella expresión de indecible gozo.

—¿Puede saberse qué te alegra tanto?

—Sí… Desde que iniciamos el viaje, he pensado en este

momento día y noche, temiendo a veces que no llegase jamás… Pero ahora, al ver que cerrabas la puerta de «nuestro» hogar, me he dado cuenta de que una mujer puede ser completamente feliz, aunque esté separada del resto de la humanidad por miles de millones de kilómetros.

—¿Lo eres… ahora?

—¿Feliz?

—Sí.

—¡Inmensamente! ¡No puedes imaginarte las ganas que tenía que nuestra visita en la casa de enfrente se terminase…! Te habrás dado también cuenta de que «ella» se sale siempre con la suya.

—¿Qué quieres decir?

—Al lograr que su marido accediese a que os acompañase mañana… ¿Has olvidado lo que prometimos las dos antes de salir de la Tierra?

—No lo recuerdo.

—Pues yo te haré memoria. Dijimos que jamás nos entrometeríamos en los asuntos de los hombres, que nos dedicaríamos por completo a nuestros hogares… que vosotros, fuera de los momentos en que estuvieseis a nuestro lado, constituiríais un mundo aparte… ¿Lo recuerdas ahora?

—Sí, pero…

—Yo no lo he olvidado. Por eso me ha molestado tanto su hipócrita insistencia… Aludiendo a que se aburre… ¡como si yo me divirtiese cuando estoy alejada de ti!

* * *

> «Querido Fred: Como podrás ver, salvo este estado de irritabilidad de Gladys, quizá producido por los celos, todo va bien.
>
> »El planeta que mañana exploraremos —he salido cuando Gladys dormía, para hablarte desde la astronave—, parece reunir las condiciones óptimas que buscábamos… ¡Cuánto me gustaría que estuvieses aquí, con nosotros…! Y eso me hace recordar, solterón

empedernido, que has de irte buscando una muchacha que cuide de ti… ¡Da lástima verte!

»Seguro que te preguntarás por qué estoy tan contento… La verdad es que Gladys me ha contagiado su alegría. Y, pensándolo bien, creo que tiene toda la razón.

»¿Has pensado alguna vez, Fred, en lo que significa un hogar tuyo, lejos de toda amenaza, en un lugar casi paradisíaco…?

»Yo deseo, de todo corazón, que la paz siga reinando sobre ese viejo planeta, aunque al pensarlo me asalten serias dudas. De todas maneras, no creas que dejo de pensar en ti y que desearía sinceramente que te encontrases a mi lado.

»Hasta pronto, Fred. Y cuídate mucho».

* * *

Hacía ya varias horas que habían salido, en el auto-oruga, rumbo al este. Ella les había despedido, rogando a su esposo que no llegase tarde y que no dejase que la noche cayese sin haber regresado.

Luego, cuando el vehículo desapareció detrás de un pasadizo que el bosque ofrecía, Gladys volvió a su casa y se ocupó activamente en los mil detalles que, aparentemente intrascendentes, llenan la vida de una mujer.

Había muchos paquetes que Alan había dejado en el vestíbulo y ella encontró un placer inmenso deshaciéndolos y sacando todo lo que contenían, empezando a disponerlo mentalmente.

Después, cuando lo hubo clasificado, empezó a colocarlo, observando entusiasmada el radical cambio que sufrían las habitaciones de la casa, a medida que los detalles ornamentales iban embelleciéndolas.

Alan disponía de un pequeño pero cómodo despacho, y ella lo arregló cuidadosamente, colocando los preciosos libros en la

biblioteca que, como el resto de los muebles, era completamente metálica, construida en una sustancia que ningún agente químico ni corrosivo podía atacar.

Como último detalle, colgó el título de Ingeniero Astronáutico de Peterson, en una de las paredes, en un sitio bien visible, contemplándolo después, desde diferentes puntos de vista, como si intentase estudiar el efecto que produciría entre los posibles visitantes.

«Visitantes».

La palabra le golpeó el espíritu bruscamente.

«Visitantes».

Toda la luz que la alegría de momentos antes había puesto en su bello rostro desapareció como por ensalmo.

«Visitantes».

Rió con una punta de histerismo en la voz.

¡Qué estúpida era!

¿Es que no se había dado cuenta de que nunca habría visitantes? Verdad era que, si Dios quería, vendrían los hijos que esperaban ansiosamente desde hacían tanto tiempo. Pero ellos, los peques, crecerían en aquel ambiente y se sabrían de memoria el título de su padre.

No, ella hubiera preferido preceder a alguien extraño a quien mostrar la intimidad de su hogar, espiando, con una mueca de placer, cuando ellos leyesen el contenido de aquel título oficial…

Entornó los ojos, como si desease plasmar para siempre aquella encantadora escena.

Fue entonces cuando oyó ruido en el «*hall*».

De momento, sabiendo que todos estaban lejos, sintió miedo y estuvo tentada de cerrar el despacho y esperar a que Alan volviese; pero, sobreponiéndose, consiguió hacer de tripas corazón y salió al encuentro del «misterioso visitante».

Una sonrisa iluminó su rostro al darse cuenta de quién era.

—¡«Macacus»! —exclamó gozosa.

Hasta se alegraba de la llegada del chimpancé, que iba a resolverle el problema de pasar aquel largo día.

Le miró atentamente.

—Estás cambiado, amigo mío —le dijo—. ¿Qué tal esos amigos tuyos de los árboles?

El animal la miraba con una intensidad creciente, que no dejó de poner una nota nerviosa en la voz da ella, cuando le dijo:

—Sí, estás cambiado… Pero debes de tener apetito… Ven conmigo a la cocina. Siempre encontraremos algo de lo que te guste.

Le precedió y él la siguió mansamente.

El chimpancé estaba verdaderamente amaestrado y tomó asiento, como una persona, sobre una de las sillas de la cocina. Ella buscó en el «frigidaire», y sacó un plato de natillas muy apetitosas.

—¡Toma, glotón!

«Macacus» sabía comer con cuchara y tenedor, con una habilidad que hubiese hecho las delicias de un propietario de circo.

Ella le contempló, maravillada como si fuera la primera vez, comer con una mesura y cuidado francamente sorprendentes, casi humanos. Después, cuando él se limpió con la servilleta, ella no pudo evitar una sonrisa.

—¡Eres estupendo, amigo mío!

Él se la quedó mirando.

El mono y la mujer se contemplaron durante un par de minutos con curiosidad, como dos seres que procediesen de un mundo distinto, pero que, a pesar de todo, tuviesen la intención de comprenderse mutuamente.

Y fue entonces, en aquellos precisos instantes, cuando los gruesos labios de «Macacus» se movieron.

—Muchas gracias por todo, Gladys.

Ella tuvo que afianzarse en el borde de la cocina, donde estaba apoyada, para no caer.

—¿Eh? —Llegó a articular.

—Te he dado las gracias —dijo el mono—. Pero va sé que te extraña oírme hablar… ¿No es así?

Ella intentaba decir algo, pero el nudo que se le había formado en la garganta le impedía articular el menor sonido.

Finalmente, liberada de aquella horrenda opresión, gracias a un profundo suspiro, se preguntó en voz alta:

—¿Estaré soñando, Dios mío?

El mono movió la cabeza de un lado para otro.

—No, no sueñas, Gladys… Me estás oyendo.

—¿Es verdad que eres tú quien me habla?

—Sí.

—Pero… ¡si eso no es posible!

—No lo era hasta hace poco… Ahora hablo, Gladys ¡Y no puedes imaginarte la alegría de poderlo hacer!

—No lo entiendo.

—Yo te lo explicaré. Mis amigos, los del bosque, hablan todos y ellos me enseñaron a hacerlo.

—¡Es maravilloso!

—¿Verdad que sí?

—Evidentemente. ¡Qué alegría la de Charles y los demás!

Una nube de tristeza empañó los ojos del simio.

—No pienso verlos, Gladys.

—¿Eh? ¿Que no quieres ver más a Charles, ni a Helen, ni a Alan?

—No.

Ella le miró interrogativamente.

—¿Por qué?

—Porque los odio.

Una carcajada divertida salió de la garganta de la joven.

—¡Qué cosas dices! No creo que haya motivo alguno para que los detestes de esa manera. Además, si los odias a ellos, también me odiarás a mí.

—¡Calla!

Se había incorporado y miraba intensamente a la mujer.

Ésta se asustó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó después de un silencio.

—No debes decir nunca más que te odio. ¿Entiendes, Gladys?

—¿Por qué?

—Porque yo te amo.

Se quedó helada, como si un carámbano, introducido por un bromista por su vestido, corriese ahora por la espalda. Al mismo tiempo se rehízo, temiendo que se estuviese volviendo loca.

«¡Un mono no puede hablar, Gladys! —se dijo—. ¿Qué te ocurre, Dios mío? ¿No te das cuenta de que, si prolongas más esta situación, será una prueba de que has perdido la razón?».

Retrocedió asustada.

Entonces, el simio la miró más intensamente que nunca.

—No tengas miedo, Gladys… Yo te quiero con toda la fuerza de

mi corazón, pero sabré esperar. Lo único que te ruego es que no digas nada a nadie. Volveré al bosque… y volveré. Estoy completamente seguro de que llegarás a convencerte de que mi amor es sincero y de que, además, estoy dispuesto a conseguirlo, sea como sea… Adiós, Gladys.

Ella oyó los pasos del mono y la puerta que se cerraba dulcemente. Luego, incapaz de resistir la tensión nerviosa que se había apoderado de ella, se desplomó sin conocimiento junto a la cocina.

* * *

—¡Cálmate, querida!

Después, volviéndose a Charles, que estaba a su lado, junto al lecho, preguntó:

—¿Qué te parece?

—Debemos darle un calmante y que repose un poco. No creo que sea nada grave.

Pero ella se incorporó, mirando fijamente a los dos hombres.

—¡Os digo que es verdad! Yo también creí por el momento que me había vuelto loca o que padecía de horrendas alucinaciones; pero no ha sido así.

—¡Serénate, Gladys! —rogó Bright.

—Estoy serena, Charles —repuso ella, intentando que sus palabras sonasen lo más normalmente posible. Después de haberlo logrado, a medias—: Os juro que os estoy contando la pura verdad. Ya comprenderéis que mi extrañeza, mi terror, fue enorme cuando, después de haber comido, «Macacus» empezó a hablarme. Luché desesperadamente, por escapar a lo que yo no podía considerar más que como una horrible alucinación. Pero tuve que convencerme…

—Está bien —dijo su esposo—. Nosotros te creemos, querida. Pero ahora conviene que descanses un poco. Mañana hablaremos más detalladamente de todo eso.

—¡No! Quiero comprobar que me creéis. Además, podemos hacer una prueba.

La miraron con interés.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Bright, con el entrecejo profundamente fruncido.

—Que es mi única posibilidad —dijo ella con calor—. Si no consigo convenceros, todo se habrá perdido para mí, ya que ni mi propio marido creerá jamás que su mujer está sana de juicio.

—Yo… —Intentó decir Alan.

Pero ella le detuvo con un gesto.

—Me estoy jugando —dijo— en estos momentos el todo por el todo. Por eso deseo demostraros que todo cuanto os he dicho es la pura verdad. Mañana, como si nada hubiese pasado, volvéis a partir en expedición de exploración.

—¿Eh?

—Déjame hablar, querido. Cuando el vehículo no esté a la vista, uno de vosotros baja y regresa, sin ser visto, escondiéndose en una de nuestras habitaciones. Luego no tendrá más que esperar, escuchar… y salir cuando lo desee, para convencerse plenamente. Si me he equivocado, os autorizo a que hagáis una nueva casa y me encerréis en ella.

—¡No digas eso, Gladys!

—Hay que hablar así, Alan. ¿Aceptáis?

Bright tardó en contestar.

—Aceptamos, pequeña. Sólo que me quedaré yo, ya que soy el que mejor conoce a «Macacus» y puedo dominarle en cualquier momento. Y ahora, mi querida señora, creo que le conviene descansar un poco —añadió sonriendo.

—Sí. Ahora ya podré descansar… —Y cuando Charles iba a salir —: ¡Eh, un momento!

—¿Qué quieres? —inquirió él desde la puerta de la habitación.

—Convendría que Helen saliese. No me gustaría que corriese un peligro inútil por mi culpa. Además, Charles, te lo ruego, no le digas nada por el momento… Ya sabes, sus nervios…

* * *

«Querido Fred: Como comprenderás por todo lo que acabo de contarte, me ha sido imposible resistir y dejar de comunicártelo. Por eso, en cuanto mi pobre Gladys se ha quedado dormida, he corrido a la astronave para

enviarte este nuevo mensaje…

»¿Qué te parece, Fred?

»Yo no me atrevo aún a pensar nada, pero temo que mi mujer haya sufrido un mal, del que deseo verla salir pronto, definitivamente. Todo lo que nos ha contado es tan incoherente, tan fantástico, tan… ¡déjamelo decirlo!, imposible.

»Puede ser que el viaje le haya sentado mal, así como todas las emociones que llevamos pasadas. Francamente, no lo sé y estoy hecho un verdadero lío, lleno de ideas confusas y de contradicciones por todas partes.

»He estado casi en la puerta de la casa de Bright para rogarle que no hiciese nada de lo que Gladys había dicho, ya que estaba plenamente convencido de que se trataba de una forma de delirio que no se debía seguir, ante el peligro de que se agravase… Pero, después de todo, creo que lo mejor es que nos convenzamos plenamente.

»Lo que haré, cuando me quede solo con Helen, será retrasar el vehículo, hasta las cercanías del campamento y espiar, desde cualquier sitio en el que no podamos ser vistos, hasta ver lo que pasa.

»Aunque estoy plenamente convencido de que no pasará nada.

»Ha sido una verdadera desgracia el que nos ocurra esto justamente cuando todo iba perfectamente bien y nos encontrábamos tan a gusto en este planeta.

»En fin, ya sé que me deseas sólo el bien y te agradezco, aunque no las oiré, tus palabras de consuelo…».

* * *

Escondido en el dormitorio, desde muy de mañana, Charles esperó pacientemente la llegada de unos acontecimientos que, estaba casi completamente seguro, no se producirían.

Por otra parte, deseaba volver a ver a su buen amigo «Macacus», del que no se hubiese separado a no ser por la estúpida testarudez de su esposa. Amaba al animal, que había criado desde pequeño y le sabía extraordinariamente inteligente para su especie… ¡pero no tanto como para hablar y hacer una declaración amorosa a Gladys!

¡Pobre muchacha!

Le dolía que surgiese aquello cuando las cosas se iban desarrollando como se había previsto.

Y en aquel momento, cuando se condolía de la muchacha, ésta penetró en la habitación.

—Ya viene, Charles.

—¿Eh?

—He estado mirando hacia el bosque, desde detrás de la persiana de la ventana del vestíbulo… Y le he visto acercarse.

Un insólito nerviosismo se apoderó de él.

—Bueno… —balbució—… está bien… Me quedaré aquí… Deja la puerta entreabierta para que pueda oírte.

Había estado a punto de decir «oíros», pero se llamó estúpido al conceder la posibilidad de que tal cosa ocurriese. Lo que pasaba era que se había dejado arrastrar por los nervios y la actitud histérica de Gladys. Nada más. No obstante, esperó con una atención reconcentrada, frotándose lentamente las manos.

Luego oyó pasos.

La voz de la joven, con un timbre demasiado alto para ser normal, llegó hasta él.

—¡Hola, «Macacus»!

Y después de una pausa preguntó:

—¿No quieres pasar?

Charles sonrió, al oír a su viejo amigo avanzar, hasta el «*living*», sin decir una sola palabra… ¡naturalmente!

—He preparado un poco de comida para ti, porque casi esperaba tu visita —dijo ella.

Nada.

Oyó Bright que el animal comía mansamente y estuvo a punto de salir, pero se contuvo.

De repente oyó al animal:
—¡Gracias, Gladys!
Se frotó enérgicamente los oídos, como si temiese que éstos le hubiesen jugado una mala pasada.
—¿Por qué me das siempre las gracias? —preguntaba en aquellos momentos la muchacha.
—Porque debo dártelas —contestó el simio. Y después de un corto silencio—: ¿Pensaste en lo que te dije ayer?
—¿Ayer? ¿Qué me dijiste, «Macacus»?
—Te dije, Gladys, que te amaba…
Entreabriendo un poco más la puerta, Bright había logrado llegar a ver el rostro del simio y comprobar que era él quien estaba hablando. Aun viéndolo le parecía increíble.
—¡Yo te amo, Gladys!
—¡Basta!
Incapaz de resistir más, Charles irrumpió en la estancia, con una expresión severa en el rostro.
El chimpancé se volvió lentamente hacia él, enarcando las cejas.
—¿Qué haces aquí, Charles?
El hombre, cuyos propósitos eran bien claros, se quedó de piedra, al ser directamente interpelado por el mono.
Pero se rehízo en seguida.
—Yo no sé lo que te ha pasado, «Macacus», pero ya no te dejaré ir al bosque… Voy a atarte y…
El simio se había puesto en pie.
—Te he preguntado lo que hacías aquí, Charles… Y no me has contestado. ¿Qué haces en la habitación de Gladys?
Bright comprendió de golpe. Pero, dispuesto a imponerse al animal, al que seguía considerando como una bestia a pesar de todo, contestó:
—¿Qué puede importarte?
«Macacus» gruñó, enseñando los agudos colmillos.
—¿Qué hacías aquí, maldito?
Bright retrocedió, francamente asustado, maldiciendo el no haber pensado en llevar un arma consigo; pero ¡quién iba a pensar en que todo aquello era verdad!
—¿Crees esa enormidad de mí? —inquirió sin dejar de retroceder—. ¿Eres capaz de pensar que yo iba a engañar a Alan, mi

mejor amigo?

—¿Y qué me importa a mi Alan? —rugió el cuadrumano—. ¡Me estabas engañando a mí, miserable! ¡Porque yo soy el novio de Gladys y ella va a ser mi esposa! ¡Canalla!

Charles intentó, locamente, llegar hasta la puerta de la habitación de Peterson, con la idea de encerrarse dentro con llave.

Pero «Macacus» no le dejó tiempo.

Rugiendo, esta vez como una verdadera fiera, saltó sobre él, abrazándole con sus fuertes y peludos brazos, hasta qué logró clavar sus colmillos en la frágil garganta del hombre…

* * *

«… y fue en ese momento; es decir, unos minutos más tarde, amigo Fred, cuando yo llegué a mi casa. Por fortuna, yo no había cometido el error de Charles y llevaba mi rifle.

»La escena me erizó los cabellos.

»Pero, rehaciéndome, pues me había quedado como de piedra, disparé contra el animal, aunque era difícil hacerlo sin herir a Charles. Tuve la buena suerte de matarlo del primer disparo; pero, por desgracia, mi intervención había sido demasiado tardía y no sirvió para nada.

»Bright había muerto.

»Gladys estaba loca de dolor y tardó mucho tiempo en recuperarse. Yo seguía aferrándome en que todo aquello no había sido más que un estúpido accidente y que "Macacus", que seguramente había perdido su cariño por su amo, en el contacto directo con sus congéneres del bosque, lo había agredido en un momento de locura.

»Pero Gladys, al serenarse, me demostró cuán equivocado andaba. Mi mujer había tenido la

magnífica idea, temerosa de que no la creyésemos, de colocar un magnetofón bien oculto, en el “*living*”.

»Y yo pude oír, palabra por palabra, todo lo que te he contado.

Capítulo III

Planeta Número Tres. —Llega el Horror


o hubo forma de convencer a Helen para que se quedase allí. Una vez se hubieron enterrado los restos del pobre Charles, ella se aferró desesperadamente a la idea de buscar otro sitio, otro planeta en el que vivir.

—No podría soportarlo, Alan, compréndelo —dijo con los ojos arrasados de lágrimas.

No quiso razonar.

Y Peterson tuvo que desmontar las dos casas, ayudado por Gladys y volver a preparar las cosas, reparando las toberas de la astronave y disponiéndose a realizar el nuevo vuelo.

Le dolía, internamente, abandonar aquel astro que, a pesar de todo, reunía muchas cosas buenas y, excepto la locura de «Macacus», ninguna mala. En la expedición que hizo con el matrimonio Bright, encontraron pequeños mamíferos perfectamente

comestibles y plantas que parecían prometer la posibilidad de sembrar las semillas que habían traído de la Tierra con todo éxito.

Pero Helen, como siempre, supo imponerse y se hizo su voluntad.

Se había vestido completamente de negro y sus ojos tenían sendos cercos morados de llorar. Gladys, siempre dispuesta a ser útil, no la abandono, casi nunca, prodigándole toda clase de cuidados.

Después de hacer una postrer visita a la tumba de su amigo Charles, Alan se dirigió a la astronave, donde ya estaban las mujeres, poniéndola en marcha y alejándose de aquel planeta, sin echarle una última ojeada de pena.

Dos días después, sin forzar excesivamente el motor fotónico, llegaban a la órbita del Tercer Mundo, que les pareció de un tamaño aproximado al del primero, pero también dotado de una vegetación exuberante.

«Es normal —pensó Alan—. A medida que nos acercamos al sol “Beta”, la vida ha de manifestarse más lujuriante».

Los «teleanalizadores» respondieron como siempre, llevando la tranquilidad al espíritu de los astronautas, que supieron que la atmósfera y las demás condiciones les permitiría salir fuera de la astronave sin necesidad de utilizar las molestas escafandras espaciales.

Peterson hizo que la nave se posase en una pequeña elevación de terreno, no lejos de las aguas de un alegre riachuelo que corría gozosamente hacia un bosque menos frondoso que el del astro que acababan de dejar.

El ambiente parecía agradable.

Cuando Alan recorrió los alrededores, volviendo después a la astronave, comunicó a las mujeres que ya podían salir y ellas lo hicieron, apoyándose Helen en el brazo de Gladys.

La viuda de Bright parecía haber adelgazado muchísimo y Alan sintió pena al verla tan desmejorada.

—Tienes que tomar el aire —dijo—. Así no puedes seguir.

—Lo que tú mandes, Alan.

—¿Y si me la llevase conmigo en el auto-oruga? ¿Qué dices a eso, Gladys?

—Que me parece magnífico. Ya que tienes que recorrer los

alrededores, para ver si este planeta nos conviene, lo mejor que puedes hacer es llevártela, distraerla, a ver si puede tranquilizarse un poco. Yo prepararé una buena comida para los tres… ¡Creo que estos magníficos aires nos abrirán el apetito!

Alan hizo bajar el vehículo y tras sentar cuidadosamente a Helen, abandonó aquellos lugares, tomando el camino que seguían una serie de tierras bajas y onduladas, limitadas, a ambos lados, por altas montañas.

Observando las plantas que crecían, Peterson llegó a detener el coche, descendiendo para arrancar unos tallos. Luego corrió, gozoso, junto a Helen.

—¡Fíjate! ¡Fíjate!

—¿Qué es, Alan?

—Una gramínea… ¡seguramente una especie de trigo! ¿No es fantástico?

—Te alegra, ¿verdad?

—¡Mucho!

—A mí también.

Siguieron el camino, haciendo nuevos e interesantes descubrimientos. Todo parecía demostrar que habían llegado al mejor de los mundos y que la vida iba a ser allí tremendamente fácil.

—¡Lástima que Charles no esté aquí! —Se le escapó a Alan.

Ella no contestó, limitándose a mirar hacia el otro lado. Peterson se insultó, diciéndose que debía tener más cuidado en adelante.

Media hora después se detuvieron junto a una maravillosa cascada. Él la obligó a bajar del vehículo, deseando que disfrutase de aquel panorama tan hermoso.

—Voy a subir hasta aquellas rocas, Helen… ¿Me esperas?

—Sí.

Había visto algo que le llamó poderosamente la atención, pero no se atrevía a creerlo hasta que lo tuvo ante los ojos.

¡Una cepa!

Los racimos eran espléndidos y Alan cortó uno de ellos y pasó sobre él el analizador portátil que llevaba. Los datos le demostraron que era perfectamente comestible.

Lo probó.

Satisfecho, cortó unos cuantos y corrió hasta donde había dejado

a la mujer.

Pero al verla se quedó parado.

Todo el cansancio había desaparecido de su rostro, así como los cercos morados que la envejecían tanto. Ahora, la tersura de su piel era más intensa que nunca.

Con la cascada detrás y los largos cabellos sobre la espalda, se los había soltado y estaba peinándose cuando él volvió, parecía la encarnación de una ninfa. Tenía los pies descalzos y parecía muchísimo más joven que lo que el mismo Peterson se hubiese atrevido a suponer.

—¿Qué me traes, Alan?

Él avanzó todavía no repuesto de la agradable sorpresa que acababa de tener. Al mismo tiempo experimentó una sensación turbia, que llegó a complacerle, a pesar de que su conciencia le advertía severamente.

—¡He encontrado uvas!

—¡Oh, querido!

Le cogió ella la mano, tomándole suavemente uno de los racimos, que empezó a mordisquear glotonamente.

Peterson la miraba embelesado.

Jamás había visto una criatura tan hermosa como aquélla.

Se sentaron, no lejos de la cascada, bajo la umbría, y Alan se sintió como nunca, como si acabasen de transportarlo a un mundo indecible, que más parecía sueño que realidad.

—¡Qué deliciosas están, Alan!

—Es una suerte haberlas encontrado, ¿verdad?

—Siempre estuve orgullosa de ti…

Y después de una pausa preguntó:

—¿Verdad que me recuerdas… a veces, Alan?

Él se removió inquieto.

—Naturalmente que te recuerdo, Helen.

—Yo lo sabía… Porque, se crea lo que se crea, es imposible enterrar algo que ha sido tan importante en nuestra vida.

La palabra que ella empleó impensadamente le hizo estremecerse. Palideció y se rehízo.

—¡Hemos enterrado a Charles, Helen!

Ella sonrió.

—Yo no hablaba de eso, querido… Ya sabes que lo de Charles y

yo fue una equivocación…

—¡No debes decir eso!

Pero ella le tapó la boca suavemente con los dedos.

—Calla, Alan… ¿Serías capaz de estropear todo esto, de destruir el encanto de estos instantes?

Pero él había vuelto a coger las riendas de su voluntad y no estaba dispuesto a ceder un ápice.

—No, Helen… no puedo callar. Me sentiría el más miserable de los hombres, la más repugnante de las criaturas…

—¿Por qué? ¿Soy tan despreciable? ¿No me encuentras hermosa?

Él creyó que había llegado el momento de cortar aquella peligrosa iniciación y, aunque le doliese decir lo que pensaba decir estaba convencido de que era necesario hacerlo.

—Sí, eres hermosa… ¿para qué negarlo? Pero Gladys es para mí la más bella de todas las mujeres. Porque es la mía. Y jamás la traicionaré,

* * *

> «¿Quién iba a saberlo, Fred, amigo mío? Aun ahora, cuando como siempre, aprovechando el sueño de Gladys, vengo a charlar un poco contigo; es decir, a contarte mis cosas, ya que tú no puedes ni contestarme ni, eso es lo peor, aconsejarme; aun ahora, te repito, me parece mentira…
>
> »¡Qué razón tenías, Fred!
>
> »Helen no abandonó nunca la batalla; pero lo que más me horroriza es que no haya esperado. Porque, aunque no lo encuentre correcto en ningún momento, lo que no puedo tolerar es que haciendo solamente unos días que el pobre Charles…
>
> »Y no es que le tema. Hoy, más que nunca, estoy completamente seguro de que Helen es una desequilibrada… ¡pero no en el sentido en que tú lo

crees, Fred!… ¡Nada de eso! Ni tampoco en el sentido de que habló aquel estúpido astrólogo al que Gladys consultó.

»No, Helen no es más que una pobre mujer, una histérica sin más alimento espiritual que su propia coquetería, que su ansia de vencer a las demás mujeres.

»Eso es todo.

»Por eso creo, amigo mío, que, aunque la batalla me cueste algún disgustillo, llegaré a vencer, ya que la convenceré de que debe renunciar definitivamente a lo que se propone.

»Y, hablándote de otras cosas, sabrás que hemos instalado nuevamente las casas prefabricadas, que ahora no se moverán de aquí. Estamos todos plenamente convencidos de que éste es el mundo que nos convenía y en el que vamos a echar definitivamente raíces.

»Me muero de ansiedad por saber algo de la Tierra; pero sé que eso es imposible, al menos por cierto tiempo, ya que pienso enviarte instrucciones para que te fabriques un emisor como el mío.

»A veces, te lo aseguro, siento una congoja tremenda al pensar que es pasible que esté transmitiendo en balde y que mis palabras lleguen nada más que sobre los montones de ruinas que haya dejado la guerra…».

* * *

—¡Alan!

Él, que estudiaba unos procedimientos de cultivos que quería ensayar, se incorporó, volviéndose hacia la puerta del «*living*», por donde acababa de aparecer Gladys.

—¿Qué hay, querida?

Ella se acercó, sonriente; después, cuando estuvo junto a él, dijo:

—Quería consultarte algo.

—Lo que quieras.

Ella dudó unos instantes; después, tendiendo los brazos hacia él:

—Mira mis manos, por favor.

Alan las examinó sin tocarlas y divertido creyó que se trataba de algo con lo que su mujer quería hacerle una sorpresa; pero, no viendo nada, preguntó:

—¿Qué hay, Gladys?

—Toca la piel, Alan.

Obedeció él, experimentando entonces una sensación desagradable.

—La encuentras áspera, ¿verdad?

—Un poco —mintió él.

Pero, en realidad, parecía como si acabase de pasar las yemas de los dedos por un papel de lija o quizá sobre algo córneo y desagradable al tacto.

«Como las escamas de un pez», pensó sin atreverse a mirar a su esposa.

—Hace un par de días que me ocurrió —explicó ella—. Empezó con un picor desagradable, como si fuese urticaria; después, al cesar, apareció una sensación de rigidez, como si me hubiesen secado una capa de cera sobre la piel.

—¿Mueves los dedos?

—Con cierta dificultad.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué crees que será, Alan?

Él sonrió, forzado, no logrando más que una mueca inservible.

—Nada importante… Leeré los tratados de terapéutica que trajo el pobre Charles. Ya encontraremos alguna cosa para que eso desaparezca en seguida.

—Eso espero.

Media hora después y tras desayunar Alan montó con sus semillas en el auto-oruga, dispuesto a trabajar en los campos que ya estaba sembrando. Durante las tres últimas semanas, llevaban ya un mes y medio en el Planeta número Tres, se había ocupado muchísimo y esperaba recoger los frutos muy pronto.

Se despidió de Gladys y puso el vehículo en marcha.

Momentos más tarde, al pasar junto al arroyo, se vio sorprendido por la presencia de Helen, que surgió bruscamente de entre unos arbustos, haciéndole señas para que parase.

Lo hizo.

Helen llevaba un pantalón y un jersey, cuya combinación de colores era sumamente agradable a la vista. Todo lo que pudiese considerarse como restos del dolor habían desaparecido totalmente de ella y parecía una adolescente.

—¿Admites un viajero, Alan?

—No voy de paseo, Helen…

—Ya lo sé. Vas a sembrar; pero no creo que te moleste llevarme hasta allí. —Mostró un paquete que llevaba en la mano derecha—. He hecho unos bocadillos estupendos.

—Bueno —concedió el joven—. Sube.

Ella lo hizo con un grácil conjunto de movimientos que el hombre no pudo dejar de admirar a pesar suyo.

Puso el coche en marcha y se alejó a gran velocidad, sumido en los más contradictorios pensamientos.

—¿Va bien Gladys? —inquirió ella.

Peterson la miró.

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

Ella enarcó las cejas, asombrada a su vez.

—¿Cómo? ¿Es que no se puede preguntar por una amiga? Hace unos días que no la veo, ya que me he decidido a hacer «*camping*» y…

Alan sonrió avergonzado.

—Perdona, Helen… Es que tengo los nervios de punta.

—¿Te ocurre algo? —Se inquietó ella.

Él estuvo a punto de decirle la verdad, pero se abstuvo en el último instante. Además, realmente, no era nada tremendamente importante y quizá Gladys se enfadase, con razón, si supiese que se lo había dicho a la otra.

—Es el asunto de estas semillas —mintió—, pero creo que lo arreglaré pronto.

El paisaje, en aquellos momentos en que atravesaban un valle frondoso, era ciertamente imponente y ambos guardaron silencio, embelesados en su contemplación.

—¿No crees que hace un poco de frío por aquí, Alan?
—¿Frío? —se extrañó él.
—Fíjate… Tengo las manos heladas.
Y se las pasó por el rostro, produciéndole un estremecimiento al contacto de aquella piel finísima, delicada, fresca.
De repente una horrible duda se apoderó de él y miró de reojo a la hermosa mujer que tenía a su lado.
¿Era una coincidencia aquello de las manos… o sabía ella algo de lo que le ocurría a Gladys?
Por un momento pensó que Helen podía ser la culpable de todo, habiendo provocado la aspereza de piel de su espesa; pero casi en seguida sonrió, despreciándose por haber pensado tan mal.
Durante el día trabajó intensamente, olvidándolo todo. Encontró un misterioso trozo de tierra en el que las semillas crecían en pocas horas, mostrando ya un tallo verde, con algunas hojas, tres horas después de haber sembrado en ella.
—Tengo que estudiar esto —dijo francamente impresionado por sus observaciones. Y dirigiéndose a Helen—: ¿Querrás hacerme un favor?
—Lo que tú quieras, Alan.
—Coge el coche y vuelve junto a Gladys. Que te dé comida para unos días. Voy a quedarme aquí.
—En seguida.

* * *

«¿Cómo explicarte lo que ocurre, Fred? Francamente, no encuentro palabras para decirlo.
»Es tan horroroso.
»Cuando volví, después de pasar siete días en las plantaciones, donde conseguí un éxito tremendo, sea dicho aparte, estaba contento hasta donde no puedes imaginártelo.
»Con sólo unas horas de trabajo había conseguido garantizar nuestra alimentación por muchos meses. La

nueva tierra que había encontrado poseía unas facultades verdaderamente extraordinarias y…

»Pero no quería hablarte de esto.

»Al llegar a casa penetré ruidosamente en el “*hall*”.

»—¡Gladys! —llamé, deseando estrecharla entre mis brazos.

»Nadie me contestó.

»Intrigado, recorrí todas las dependencias de nuestro hogar, hasta llegar a nuestro dormitorio, que estaba cerrado por dentro.

»—¡Gladys! —llamé.

»Ella no me contestó, y yo, preocupado e inquieto, golpeé la puerta con creciente violencia.

»—¡Abre, querida!

»Por fin su voz llegó hasta mí.

»—¡No, no quiero abrir!

»—Pero ¿por qué?

»—¡No quiero, Alan! ¡Ha ocurrido algo horrible!

»Aquello, como puedes imaginarte, me descorazonó por completo. Y me eché a temblar. Pero dándome cuenta de que mi deber era estar a su lado, cogí impulso y al primer empuje logré echar la puerta abajo.

»Me levanté, mirando hacia el lecho.

»Ella estaba sentada en el borde de la cama.

»¿Ella?

»Mi expresión debió convencerla del terror que yo experimentaba, porque se echó a llorar dulcemente. Y fue su llanto, que era el de siempre, el que hizo que venciese mi repugnancia y me acercara a Gladys.

»Mientras lo hacía me preguntaba lleno de horror si aquella criatura podía ser mi esposa.

»¿Cómo explicártelo, mi buen amigo Fred?

»Su rostro, que fue lo primero en que me fijé, no tenía nada de humano. Los cabellos habían

desaparecido casi por completo y la cabeza se había reducido notablemente de tamaño, estando ahora recubierta por una especia de placas grisáceas, perfectamente soldadas las unas con las otras.

»La cara estaba completamente desfigurada y me pareció que el rostro se había adelantado bruscamente, en forma de pico, pero no como el de las aves, sino otra cosa en la que caí más tarde.

»Me seguí acercando y ella me tendió los brazos.

»¿Eran brazos… aquello?

»Parecía que estaban cubiertos de escamas, pero de nuevo me tropecé con la dificultad de saber qué clase de escamas… o quizá placas.

Ella me miraba con sus grandes ojos abiertos… unos ojos que iban siendo cada vez más laterales.

»—¿Qué te pasa, querida? —le pregunté con una angustia que me hacía daño en el pecho.

»—No lo sé —su voz era tan suave como siempre, como la que tú oíste.

»—Pero… ¿cuándo ha ocurrido esto?

»—No lo sé —repitió—. Me puse enferma, me adormecí, como si no pudiese resistir el sueño que me vencía… Cuando me desperté, ya estaba así.

»—¿Te sientes bien ahora?

»—Un poco mejor; pero lo peor es lo de la espalda.

»—¿La espalda?

»—Sí, se ha puesto dura como la piedra…».

* * *

Alan estuvo fuera de su casa cerca de diez días. Le era imposible soportar el espectáculo de Gladys y huyó, vagabundeando de un lado para otro, sin preocuparse de nada ni querer ver a nadie.

Helen intentó entrar en comunicación con él, pero Alan corrió,

escapándose como un perseguido.

Le parecía imposible.

Él amaba a Gladys, como la había amado desde que la conoció, pero no podía sentir ni experimentar ningún sentimiento agradable hacia «aquello» que había dejado en su casa.

¿Qué le estaba ocurriendo a Gladys?

Se mesaba los cabellos y hasta tenía fiebre de tanto pensar, de buscar afanosamente soluciones que, después de halladas, despreciaba al comprobar su poca consistencia.

—¡Debe de ser este maldito planeta! —exclamó una de las veces —. Hay algo en este astro que debe, modificar la naturaleza humana, convirtiéndola en una cosa monstruosa… ¡Tendría que llevármela de aquí! Es posible que se curase por completo…

Pero la palabra «irreversible» se presentó en su mente, inesperadamente, sin que nadie la hubiese requerido.

—Si es un mal irreversible, nada podremos hacer. Y lo es… ¿puede haber alguna duda? ¿Cómo hacer desaparecer todas esas horribles monstruosidades?

Al azar comía frutos de cuantos árboles encontraba en el camino, sin preocuparse de pasarlos por el analizador portátil, importándole un bledo lo que resultase de ello.

La barba le picaba, le molestaba y la suciedad era como un suplicio para él. Pero tomaba aquello como justificación, como autocastigo que se imponía, en el vano deseo de que aquella especie de horrendo maleficio cesase.

Hasta que se convenció plenamente de que Gladys se encontraba perfectamente bien.

Fue una idea que ancló en su cerebro con una fuerza insólita, descomunal, de tal forma que, abandonando el bosque, corrió hacia su casa, llegando a ella jadeante, impaciente, deseoso de comprobar que la realidad iba a darle la razón.

La casa seguía abierta y ofrecía el mismo aspecto de abandono que días antes, cuando salió de ella. El silencio era el mismo, una quietud malsana que parecía pesar sobre todo.

Anduvo quedamente hasta la entrada de su habitación, menos entusiasmado que antes, pero con un rayo de esperanza que le impulsaba a ver…

Se detuvo en la puerta.

Y la vio.

Ahora estaba en el suelo, con sus cuatro patas sobre la alfombra, al lado de la cama.

—¡Gladys! —aulló.

Pero ella no le contestó.

Porque era improbable que la enorme tortuga en que su esposa se había convertido pudiese decirle nada.

CAPÍTULO IV

PLANETA NÚMERO CUATRO. —DUALIDAD PELIGROSA


í amigo Fred… ¡No pude soportarlo! Era mucho más fuerte que yo y había llegado hasta límites que yo no pude jamás sospechar.

»Por eso, saliendo de mi casa como una tromba, corrí a la de Helen, refugiándome en sus brazos, llorando como un niño y explicándole entre sollozos lo que había ocurrido.

»Ella logró serenarme.

»—Lo sabía, Alan.

»—¿La… has visto?

»—Si, quise ayudarle y lo hice hasta que perdió el

habla y se convirtió en…

»—¡No lo digas, por favor!

»—Serénate, querido. Nada podemos hacer, por desgracia; pero si tú ves alguna posibilidad la llevaremos a cabo.

»Yo no dije nada.

»—¿Quieres que nos la llevemos con nosotros, Alan?

»Sentí que se me erizaban los cabellos.

»—¡No! ¡No! Me moriría de pena y de horror, Helen… ¡Salgamos de este maldito planeta cuanto antes!

»Nunca trabajé, querido Fred, con tal fiebre. Desmonté la casa de Helen en un santiamén, pero no me atreví ni a acercarme a la otra, a la que volví expresamente la espalda mientras trabajaba.

»Cuando lo tuve todo en el interior de la astronave y salía para avisar a Helen vi que ésta salía de la casa.

»Palidecí.

»—¿Qué hacías ahí? —le pregunté con voz temblorosa.

»—No podía dejarla así —repuso—. Le he llevado un poco de comida y al mismo tiempo he traído esto.

»Y me mostró lo que llevaba bajo el brazo: mi título de ingeniero astronáutico.

»—Vamos.

»Penetramos en la astronave y yo me fui directamente a la sala de mandos, poniendo en marcha los motores fotónicos. Sin poderlo evitar, no dejaba de mirar hacia el ojo de buey, pero estaba dispuesto a no acercarme.

Finalmente, vencido por algo mucho más fuerte que yo, me aproximé, echando una ojeada hacia fuera.

»¡Estaba allí!

»En la puerta de la casa, con su enorme cuerpo,

mirando al aparato…

»Yo no sé si sufrí una, alucinación, pero me pareció ver que dos gruesas lágrimas brotaban de sus grandes ojos…

»¿Lloran las tortugas, amigo Fred?».

* * *

El cuarto planeta resultó ser casi una copia exacta del anterior. Un poco más caluroso, pero con un aspecto demasiado semejante al tercero, cosa que no dejó de entristecer a Alan, que hubiese querido olvidarlo todo.

Todo menos a Gladys.

Levantó la casa junto a una ladera inclinada, llena de vegetación exuberante y descansó unos días, leyendo en la biblioteca de su amigo Bright y estudiando cosas que jamás había profundizado.

Helen lo cuidaba y mimaba constantemente, prodigándole toda clase de caprichos, sirviéndole comidas espléndidas y rodeándole de un ambiente tranquilo y sereno.

Alan había instalado una cama portátil y desmontable en el despacho de Charles, de donde apenas salía si no era para dar un paseo hasta el lago vecino, quedándose durante horas en una muda e inexpresiva contemplación del agua.

Helen iba algunas veces a verle, tratándole con todo el tacto posible y procurando no nombrar nunca a Gladys.

Los días transcurrieron lentos, inacabables. Para Alan, a pesar de encontrar en los libros una manera positiva de matar el tiempo, aquella vida empezaba a ser ciertamente insoportable.

Abandonando la biblioteca, empezó a pasear por los alrededores del lago, internándose muchas veces por caminos estrechos que bordeaban el agua.

No podía olvidar.

Todo lo pasado le parecía a veces una pesadilla horrible de la que fuese a despertar de un momento a otro.

¿Qué clase de universo era aquél al que habían ida a parar y en el que la piedad parecía absoluta y definitivamente excluida?

Aquella tarde, cuando regresaba de dar su largo y acostumbrado paseo, encontró a Helen esperándole, junto a la entrada de la casa.

—¡Hola! —saludó él.

—He pasado miedo, mucho miedo, Alan.

—¿Por qué?

—No sé. He oído pasos, como si grandes animales se acercasen a la casa… ¡No debes dejarme más sola!

—Te llevaré conmigo.

—¿Es que no estás bien a mi lado, Alan?

—Sí.

—¿Por qué quieres entonces que nos alejemos de aquí? He adornado la casa a tu gusto, hago todo lo posible para complacerte…

—Ya lo sé, Helen. Y no puedes saber cuánto te lo agradezco.

Habían entrado en la casa y él se dejó caer en una de las sillas funcionales.

De pie ante él, Helen le miraba fijamente.

—¿No te gusto, Alan?

Fue una pregunta tan inesperada, que el joven levantó la cabeza, mirando con asombro a la mujer.

Plantada ante él, Helen había dejado caer la capa con la que se protegía, mostrándole la belleza indudable de su cuerpo, enfundado en el traje negro que llevaba.

Sí, indudablemente era hermosa y más parecía la sacerdotisa de una extraña y pagana religión mágica que un ser humano. Por eso su belleza tenía algo de maleficio…

Ella no dejaba de mirarle y había tantas cosas en sus ojos que Alan terminó por bajar la cabeza.

—¿No te gusto? —insistió ella.

Y, acercándose, se dejó caer a sus pies, apoyando su cabeza en las rodillas del hombre.

—¡Podemos ser tan felices! —musitó—. Tenemos toda una vida, una larga vida para vivirla los dos solos… ¿Puede soñarse mayor felicidad, querido?

Una de las manos de ella ascendió por el cuerpo de Alan, hasta acariciar lenta y dulcemente su rostro.

—Nadie nos molestará, Alan… Será una felicidad como la que siempre soñé para nosotros.

Sin poderlo evitar, el joven se vio envuelto en una especie de encantamiento que le aprisionaba, borrando de su mente todas las angustias, todos los recuerdos dolorosos que se anidaban en su alma; era como si un exótico y extraño perfume le embriagase repentinamente.

¿Para qué recordar?

Tenía que olvidarlo todo, ya que no había posibilidad alguna de volver a la Tierra, donde, con toda seguridad, no hubiese encontrado más que ruinas, desastres, desolación… ¡todo lo que la guerra hubiese dejado!

¿Para qué torturarse con los recuerdos de los que habían muerto? Ellos descansaban para siempre y nada podía hacerse para volverlos a la vida.

Sin darse cuenta, sus labios buscaron la mano que seguía acariciándole la mejilla y posó en ella un beso prolongado, lleno de ternura, como si desease manifestar su agradecimiento a la única persona, al único ser humano que podía hacerle feliz.

Ella se irguió, segura de su victoria, y se arrojó a los brazos de Alan, considerándose ya completa y definitiva dueña de su voluntad y de su corazón; pero en aquel mismo momento y sin que él pudiese hacer nada para evitarlo, la imagen de la tortuga, asomada a la puerta de la que había sido su casa, surgió en su mente, con los grandes ojos desmesuradamente abiertos y aquellas dos gruesas lágrimas que él creía haber visto.

—¡Gladys!

Fue como un ronco grito que saliese dolorosamente de su garganta, como si el pasado reclamase algo.

—¡Aparta, Helen!

La separó un tanto brutalmente.

Ella le miró con una rabia indecible en los ojos.

—Te acuerdas de ella, ¿verdad? ¿Recuerdas aquella repugnante tortuga en que se convirtió tu hermosa esposa?

—¡Calla!

—¡No! Quiero que la recuerdes tal y como era, con sus largas patas escamosas, su concha de galápago, su…

—¡Calla!

—Yo te lo he ofrecido todo porque nunca dejé de quererte. ¿Qué podía darte una tortuga? ¿O has olvidado la caricia áspera de sus

manos?

—¡Calla, bruja!

Y como ella retrocediese, asustada, siguió:

—Yo no sé si tú tienes que ver algo en todo lo que nos ha ocurrido desde que salimos de la Tierra, Helen; pero, de todos modos y para que no te hagas ilusiones, he de decirte desde ahora mismo que jamás lograrás lo que te propones… ¡Para mí no eres nada! Y nunca conseguirás que olvide a la única mujer que he amado.

Ella guardó unos segundos de silencio; después, con vos despectiva, dijo:

—Lo imaginaba… Eres de esa clase de hombres cuya fidelidad hace reír, Alan… Un alma de cordero en el cuerpo de un hermoso humano… Eso es lo que eres… ¿Cómo pude quererte alguna vez? ¡Qué necia he sido!

Sonrió.

—Ahora ya no me importas nada… ¡Aunque estuviese segura de no ver otro ser humano en la vida, te escupiría a la cara cada vez que te acercases, suplicante, a mí!

—¡No lo haré jamás!

—Así lo espero. Y ahora, Alan, haz el favor de abandonar esta casa… Puedes vivir en la astronave o donde se te antoje; pero no quiero volver a verte aquí, entre estas cuatro paredes donde puedo, sin cortapisa alguna, seguir soñando a mi manera… ¡Fuera!

Él sonrió seguro.

—Me llamarás, Helen… Tendrás miedo y me llamarás. Pero yo no soy como tú; cada vez que me llames correré a tu lado.

—¡Nunca te llamaré!

—Será mejor para los dos.

* * *

«¿Qué me pasa, amigo mío? Hace una semana que salí de la casa de Helen —es suya indudablemente— y ella no ha salido de allá ni una sola vez.

»Estoy en la astronave y, de vez en cuando, a través

del ojo de buey, veo su silueta tras las ventanas, como algo que pasa velozmente, único signo de vida en aquel recinto de metal.

»¿Qué me pasa, Fred?

»No sé si es una enfermedad o qué. Me siento extraño y, a veces, como si mi otro yo, mi ego, me hiciese reproches y hasta me insultase.

»Yo nunca he hecho caso a todas esas cosas, bien lo sabes. Pero ahora tengo, sin saber por qué, miedo. Dirás seguramente que debía haber puesto en marcha la astronave y huido al mismo tiempo de este planeta y de esta mujer.

»Pero no puedo.

»Nunca me perdonaría el dejarla sola, el abandonarla. Ya sé que está cargada de defectos, que no tiene ni pizca de corazón; pero, a pesar de todo, no deja de ser un ser humano que puede ser abandonado como un perro.

»¡No puedo!

»Pero tampoco puedo quedarme aquí, en la astronave. Mañana voy a hacer un pequeño equipaje y a pasar unos días por los alrededores del valle. Necesito distraerme, alejar de mí todas estas ideas que, a veces, me parecen delirantes…

»¿Me estaré volviendo loco, Fred?

»Dios no lo quiera.

»No dirás que no hay motivo para no perder la razón. Nunca, te lo confieso, pensé que la mente humana resistiese todo lo que ha resistido la mía desde que descendimos en el primer planeta. Y eso, precisamente eso, es lo que me hace sospechar que Helen ha perdido un poco la chaveta, si es que no la había perdido ya antes de partir de la Tierra.

»Loca o no, no puedo dejarla aquí, abandonada a sí misma.

»Es posible que durante estos días que pienso pasar por los alrededores del lago madure la idea que tengo y proponga a Helen el regreso a la Tierra. Si logro convencerla, aunque me cueste ceder en algunos puntos, estaremos ahí dentro de unas semanas.

»En estos momentos no puedo por menos de estremecerme al pensar que mis horribles pesadillas pueden muy bien no haber terminado. Y que, si llegamos a la Tierra, podemos encontrarnos con un mundo alucinante, deshabitado, repleto de peligrosa radiactividad… un caos en el que los hombres con su locura hayan convertido el orgullo del trabajo de milenios.

»Quisiera de todo corazón que nada de eso hubiera ocurrido y que al llegar a nuestro planeta pudiese estrecharte fuertemente en mis brazos, mi querido Fred.

»Esperando eso que, después de todo, puede que no sea más que una vana ilusión, se despide de ti tu amigo.

»Alan».

* * *

Alan se alejó de la astronave, no sin antes llamar a la puerta de la casa, deseando prevenir a Helen de que iba a pasar unos días fuera.

Escuchó unos instantes, oyendo la voz de ella, áspera como nunca, gritándole:

—¡Vete al diablo!

Alan se alejó de allá con una triste sonrisa en los labios.

Dedicó el primer día a recorrer la orilla oeste del lago, lugar por el que nunca había paseado, descubriendo algunas especies de

plantas primitivas, sin importancia alguna, lo que demostraba que la vida era elemental en aquel mundo.

De todos los que habían visitado, parecía aquél el más tranquilo, al menos por el momento. Su tierra no era nada feroz y la vida parecía haberse reducido a la que pululaba —casi toda semimicroscópica— en las aguas del lago.

—Debe de estar aproximadamente —se dijo el joven— en un grado de evolución semejante a la Tierra en la Era Primaria.

En efecto, los seres que encontró en los bordes arenosos del lago eran semejantes a amebas, de un tamaño muchísimo mayor a las terrestres, representantes de una forma de vida elemental, que apenas se iniciaba.

Vagó durante varios días, interesándose, más por la fuerza que por lo que verdaderamente le atraían, por aquellos seres que tanto hubieran entusiasmado al marido de Helen de haberlos podido ver.

Muchas veces pensó en él y en su horrible muerte en manos del trastornado «Macacus», cuya facultad de hablar quedaba tan inexplicable como cuando se había producido.

Recordó a Gladys.

Una ola de tristeza le invadió al rememorar todo lo que aquella mujer había llegado a ser para él y en el triste fin que había tenido.

Fue entonces, en aquel momento, cuando una especie de explosión interior le sacudió violentamente.

—¡La has dejado allí!

Sí, la había abandonado miserablemente, como algo con lo que ya no era posible convivir, sin pararse a analizar lo que ella podía sufrir en aquella soledad horrible, transformada en animal, pero conservando indudablemente un espíritu, un alma humana.

¿No le había hablado, rogándole que no entrase en su habitación?

¡Estaba viva! ¡Indudablemente! Su espíritu seguía latiendo bajo las horribles escamas… ¡y él la había abandonado!

¿Era aquélla la manera de demostrarle su cariño y su amor?

Se mesó los cabellos, tratándose de lo peor, considerándose la más despreciable de las criaturas.

—¡He de volver a por ella! La tendré a mi lado, cuidándola; porque, a pesar de su repelente aspecto, Gladys sigue viviendo en el interior de la tortuga…

Una especie de loca fiebre se apoderó de él.

Al tener un objetivo concreto, algo que hacer, se sintió el más feliz de los hombres, ya que momentos antes se creía condenado a esperar que Helen conviniese en regresar con él a la Tierra.

—¡Me ha mandado al diablo, yo la mandaré al infierno! Si prefiere quedarse aquí… ¡que lo haga! Yo iré en busca de Gladys y juntos regresaremos a la Tierra. Es posible que allí haya alguien capaz de curarla o de, al menos, mejorar su estado.

Recogió cuanto había llevado y comió como un loco, como si le faltase tiempo de regresar junto a la astronave.

Tardó un solo día en llegar.

Allí estaba, como siempre, el aparato, posado sobre su hermoso tren de aterrizaje, apuntando con su proa inclinada al cielo sin nubes. Y allí estaba la casa, cerrada como de costumbre.

A medida que se iba acercando al campamento, una especie de voz juiciosa le decía que no debía dejar a Helen en aquel planeta. La misma Gladys —estaba seguro de ello— le hubiese afeado su conducta. Por ello, convencido de que obraba bien, se acercó a la casa, dispuesto a explicar sus proyectos a la muchacha y convencerla de que debía acompañarle, recogiendo primeramente a…; bueno, ¿por qué no llamarle por su nombre? Recogiendo primero a la tortuga y marchando inmediatamente después hacia la Tierra.

Iba a llamar cuando el rumor de una conversación llegó hasta él. Una sensación de angustia le aprisionó el pecho, como si un rodillo de hierro le pasase por encima, amenazando aplastarle.

¡Era imposible!

Había dejado a Helen sola y debía seguir de la misma manera, ya que estaba demostrado que no había ningún ser inteligente en aquel planeta. Y menos alguien capaz de hablar con la muchacha.

Evitando hacer ruido y movido por una curiosidad mezclada de temor, rodeó la casa, deteniéndose detrás de la ventana donde, sin duda alguna, Helen hablaba con alguien.

Escuchó.

—¿Eres feliz, amor mío? —preguntó ella en aquel instante.

—Nunca lo he sido tanto —repuso una voz, que a Alan le causó una rara impresión.

—Ya te lo dije. Ningún lugar como éste para que podamos vivir

tranquilos… ¿Qué más podemos pedir? Un planeta para nosotros solos donde, como me acabas de decir, no hay más que formas de vida primitiva, que tardarán miles de millones de años en dar algo que se parezca a una criatura humana.

—¿Has pensado en el otro, querida?

—¿En Alan? No nos estorbará.

—Es que no estoy dispuesto a permitir que lo haga. Él, por el momento, está atravesando una crisis y desea irse en busca de Gladys.

—¿Es eso verdad?

Alan se estremeció.

—Sí —repuso la voz.

—¡Déjale que se vaya!

—No.

—¿Por qué?

—¿Y si nosotros un día deseamos visitar otros mundos o buscar otro que nos convenga mejor que éste? Si le dejamos la astronave, estaremos condenados a permanecer en este mundo hasta el final.

—Tienes razón; pero si no le dejamos marchar…

—¿Qué quieres decir?

La voz de ella sonó, llena de insinuaciones turbias e incoherentes:

—No nos dejará tranquilos…; nos hará la vida imposible.

—¡Le mataré!

Alan no pudo menos de estremecerse.

Entonces, levantando poco a poco la cabeza, se asomó, viendo a través de la pared plástica que cubría la ventana, la silueta de Helen y, de espaldas, la de un hombre, la del que hablaba con ella.

Justo, momentos más tarde, el hombre volvió a medias la cara.

¡¡¡No!!!

Era imposible.

Fue algo como si un vorágine se abriese a su alrededor, haciéndole sentirse como en el borde de un insondable abismo.

Porque aquel hombre que acababa de mostrarle su fisonomía… ¡¡era él mismo!!

* * *

«Amigo Fred: Seguro que cuando oigas estas palabras estarás completamente convencido de que he perdido la razón. Y no debe extrañarte el llegar a esa conclusión, ya que a cualquier persona que estuviese en mi sitio le ocurriría igual.

»Se me heló la sangre en las venas al ver que aquel hombre que cortejaba a Helen era yo mismo.

»Sí, Fred, ninguna equivocación podía haber y tuve que rendirme a la evidencia. Era algo tan extraño como si estuviese mirándome en un espejo y viese que mi propia imagen realizaba movimientos que mi verdadero cuerpo no hacía.

»¿Te ha ocurrido alguna vez una cosa semejante, amigo mío?

»Perdona esta pregunta; pero reflexiona a qué conclusiones hubieses llegado si hubieras pasado por semejante experiencia.

»Yo me quedé helado.

»Durante mucho tiempo —nunca recordaré cuánto— seguí aquella comedia espantosa que se estaba desarrollando al otro lado de la ventana, intentando vanamente encontrar una explicación, fuese la que fuese.

»Naturalmente, no logré nada.

»Fue un poco más tarde cuando se abrió en mi mente la idea de huir de allí, de escapar donde fuese, lejos de la influencia de aquella extraña mujer, cuyos diabólicos poderes se me mostraban ahora con una claridad meridiana.

»Recordé tus palabras, aquel día que fui a despedirme de ti. Y tuve la seguridad de que no te habías equivocado. Helen poseía poderes que ningún ser humano podía concebir.

»Estaba claro que, ante mi negativa de ser su amante, olvidando a mi esposa, ella creó el otro, mi

doble, pensando que aquélla era la única manera de salirse con la suya, ya que “su” criatura no podía por menos de obedecerla.

»Se me abrió la verdad por completo. Ya no podía dudar de que todo lo que había ocurrido había sido, directa o indirectamente, promovido por sus maléficos poderes. Por eso, amigo Fred, sólo pensé en huir. Y, como te decía antes, en el momento justo en que iba a correr hacia la astronave, ella miró hacia la ventana, viéndome y señalándome a mi doble, gritó algo que no llegó hasta mí.

»Una idea concreta de que un nuevo peligro me amenazaba prendió en mí, haciendo que corriese desesperadamente hacia la astronave, único lugar donde podía parapetarme y ponerlo en marcha para alejarme definitivamente de allí.

»¡Huir!

»Corría como un loco, con los ojos en la puerta de la astronave, experimentando por anticipado el inmenso placer que iba a sentir cuando las toberas lanzasen sus chorros ardientes al espacio, dejando atrás, muy atrás, todos aquellos horribles planetas.

»Fue entonces cuando sentí sus pasos.

»¡Él corría detrás de mí!

»Nunca había experimentado un terror semejante. Me daba perfecta cuenta de que estaba siendo perseguido por mí mismo. Y aquello, aunque no lo quieras creer, Fred, me causaba al mismo tiempo una angustia tremenda y unas incontenibles ganas de reír…

»¿Con qué intenciones me seguía mi doble? Evidentemente, aquella bruja lo había lanzado tras mí, adivinando mis propósitos de huida y deseando que los impidiese.

»¿Te das cuenta de la situación, amigo mío?

»Había llegado casi a la rampa de la astronave

cuando el otro (¿puedo llamarlo así?), bruscamente, se lanzó a mis pies, haciéndome aterrizar brutalmente contra la rampa.

»Caí de bruces.

»Revolviéndome, luché desesperadamente para que el otro me soltase, sin lograrlo. Trepando por mí cuerpo, mi enemigo logró hacer que sus manos llegasen a mi garganta. Y empezó a apretar, con todas sus fuerzas.

»Era fantástico.

»Tenía mi rostro junto al mío… ¿Puedes entenderlo, Fred? Y lo peor de todo fue cuando logré golpear a mi contrario: experimenté una sensación de dolor… ¡Como si estuviese dándome de golpes yo mismo!

»¡Qué horrible!

»Por fortuna, mi desesperación era demasiada grande. Y mis ansias de huir me impelían a hacer lo que fuese. Recuerdo que temí que, al matar al otro, muriese yo mismo…

»¡Pero nada me importaba!

»Actué con todas mis fuerzas.

»Así, desasiéndome de aquellas dos manos que estaban asfixiándome, logré coger la cabeza de mi enemigo y golpeársela, con todas mis fuerzas, contra el borde acerado de la rampa.

»Tuve que golpearlo varias veces.

»Se quedó inmóvil.

»Respirando trabajosamente, me puse en pie, lanzando una asustada mirada hacia la casa, en cuya puerta estaba Helen, mirándome fijamente.

»Abrí la portezuela de la astronave, penetré en su interior y pulsé con fuerza el botón que escamotearía la rampa en una décima de segundo. Corrí después a la sala de máquinas y, diez minutos más tarde, cuando

las toberas rugían, elevé la proa y lancé el aparato hacia el cielo: un cielo estrellado que se abría ante mí como un mensaje de esperanza.

Capítulo V

Reducción Criminal


u primera idea fue la de volar en socorro de su… esposa. Pero el miedo de que al posarse en uno de aquellos malditos mundos surgiese de nuevo el maleficio de Helen, le hizo desistir de aquel propósito.

¡Volvería a la Tierra!

Y situó la nave sobre las coordenadas del hiperespacio, lanzándola a una velocidad fantástica, rumbo al planeta amado, al único que jamás debía haber abandonado.

Todo iba bien a bordo y Alan, a pesar de la depresión nerviosa, se sentía cada vez más animado, haciendo esfuerzos sobrehumanos para escapar a la fuerza de los recuerdos, que eran como un peso horrible que le cayese sobre el alma.

A medida que se alejaba de aquel sistema solar en el que tanto había padecido, el ansia de llegar a la Tierra crecía en su espíritu,

ya que, hubiese ocurrido lo que fuese en su planeta, no tenía otro deseo que el de llegar a él y, si fuese necesario, hasta morir.

El mapa del cielo iba cambiando a una velocidad tremenda y los grupos de galaxias conocidas quedaban atrás, adentrándose la astronave en universos conocidos.

Fue el cuarto día, cuando después de una nueva serie de cálculos, Alan recorrió la astronave como si desease revivir los agradables recuerdos del viaje de ida, cuando todo era normal.

Al recorrer uno de los pasillos, un estremecimiento le sacudió de arriba abajo.

¡Había luz encendida en la cabina que fue de Helen!

Tuvo que apoyarse en el muro del pasillo para no caer. Una impresión de terror creciente se apoderó de él.

Después, ya recuperado y diciéndose que se dejaba llevar por los nervios, se acercó a la puerta de la cabina, echando una ojeada por el ojo de la cerradura.

¡¡Helen estaba allí!!

Estaba sentada ante un espejo, en la elegante coqueta y se pintaba lentamente los labios. La expresión que reflejaba la imagen de su rostro era de triunfo total; pero la malignidad de su mirada era la de siempre.

¿Cómo podía ser posible?

Alan recordó que la había visto, perfectamente, en la puerta de la casa prefabricada, cuando él luchaba desesperadamente con su doble. Se frotó los ojos, creyendo que soñaba o era víctima de una alucinación; pero, después, se dio cuenta de que lo que estaba viendo era la más pura realidad y que aquella diabólica mujer estaba allí.

Procurando hacer el menor ruido posible, retrocedió, encerrándose en la cabina de mando, donde se dejó caer sobre uno de los sillones de pilotaje.

Se sentía cansado, abatido y —¿por qué no decirlo?—, completamente vencido.

De nada le habían servido los esfuerzos, los sacrificios, los desvelos, los peligros. Por encima de todo aquello, el poder, casi omnímodo de Helen se imponía siempre, haciendo inútiles todas las reacciones que se intentasen en su contra.

Durante un tiempo larguísimo pensó en lo que debía hacer; pero

todos los planes que formaba se iban destruyendo por sí mismos, como si su mente fuese percatándose de la inutilidad de cuanto imaginaba.

Hasta que llegó a una conclusión.

Era la única forma de acabar con todo aquello, de deshacer definitivamente el hechizo, de romper el maleficio que pesaba sobre él.

¡Tenía que matarla!

¡Eso! Destruir su poder, acabar con aquella mujer que tanto daño le había hecho.

Pensó cien maneras distintas de hacerlo; pero, a medida que esbozaba sus planes, sentía que su cólera iba creciendo y que nada ni nadie le detendría en sus propósitos.

—¡La mataré!

Se apoderó de una de las pistolas de emergencia que había en la armería de la cabina y salió de ésta. Avanzó silenciosamente por el pasillo hasta detenerse ante la siempre iluminada puerta del apartamento de la mujer.

Miró por la cerradura.

Ella se acababa de levantar del lecho y estaba acicalándose ante el espejo. Durante todas aquellas horas que él había pasado en medio de un sufrimiento indecible, Helen había descansado tranquilamente, como si estuviese segura de que la mansedumbre de Alan era una garantía de su propia impunidad.

¡Qué equivocada estaba!

No había más forma de entrar en la cabina que llamando a la puerta, engañándola, utilizando sus mismos procedimientos. Y al pensar que era capaz de engañarla, Alan sonrió.

Llamó a la puerta.

Oyó perfectamente los pasos de Helen que se acercaban, mientras él acariciaba, en el interior de su bolsillo, la pistola que había cogido de la cabina de mando.

—¿Qué quieres, Alan?

Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que luchar contra aquella especie de parálisis que impedía que los sonidos saliesen de su boca.

—Abre, Helen. Quiero hablar contigo.

Hubo una corta pausa.

—¿Por qué quieres matarme, Alan? Nunca te diste cuenta de que te quería…

—¡Abre, Helen!

—No, no puedo hacerlo. Has de convencerte, sea como sea, de que tú has sido siempre mi único amor y que a nadie amé más que a ti.

—¡Tú hiciste que «Macacus» se convirtiese en un monstruo!

—Sí, es verdad; pero ¿sabes tú, desdichado, lo que yo he podido sufrir desde que te alejaste de mí y te casaste con ella? Creí que iba a volverme loca.

—¡Siempre lo has estado!

—No me importa que me insultes. De ti lo aguanto todo…

—¡Tú provocaste la muerte de tu marido!

—También es verdad; pero ¿qué podía importarme ese hombre…? Eras tú, por encima de todo, quien me interesaba verdaderamente…

—¡Tú hiciste que ella se convirtiese en una…!

—Es cierto. Yo pensé que mis planes anteriores iban a salir bien; pero al darme cuenta de que tu amor te cegaba, haciéndote olvidar el juramento que me hiciste…

—¡Eso es mentira!

—No, Alan… eso es verdad. Tú me juraste, cuando nos prometimos, que ninguna otra mujer iba a importarte nada. Y yo te quería, ¿me entiendes? Te quería como nunca quise a nadie… ¡Y creo haberlo demostrado!

—No sé cómo puedo hablarte tranquilamente, mujer monstruosa…

—Después —dijo ella suspirando—, cuando me di cuenta de que tú no me amabas, de que jamás me amarías, creé un doble de ti mismo, un ser ficticio, pero manso a mis deseos. Era, ya lo sé, una manera absurda de triunfar, un logro incompleto… ¡pero conseguí ser casi verdaderamente feliz!

Y después de una pausa preguntó:

—¿Por qué deshiciste el hechizo, Alan?

—¿Yo?

—Sí. Yo no te molestaba y me resignaba a vivir con esa duplicidad tuya, que materialicé para hacerme la ilusión de que había logrado lo que me proponía…

—¡Yo no hice nada! Fuiste tú quien lo lanzó salvajemente contra mí.

—Porque ibas a irte. Y si lo hubieses logrado, tu doble hubiera desaparecido de mis ojos… como una alucinación que era… ¿Qué querías…?

—¡Irme de tu lado!

—Ya lo sé. Pero me hubieses dejado sola en aquel mundo, completa, definitivamente sola… Por eso me vi obligada a lanzar a tu doble contra ti, para distraerte.

—¿Para… distraerme?

—Si. Mientras tú luchabas, yo me introduje en la astronave.

—¡Yo te vi en la puerta de la casa!

—No era más que una duplicidad momentánea, necesaria para hacerte creer que yo me quedaba allí. Porque, Alan, yo también empezaba a estar cansada de tanto fracaso… y no sabiendo manejar la astronave, necesitaba que tú la orientases hacia la Tierra.

—¡No llegarás nunca a ella!

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque estoy dispuesto a todo, bruja maldita!

—No me insultes, Alan…

—Lo haría, te aplicaría todos los horrendos vocablos que quieren salir de mi boca. ¡Ah, si yo hubiese sabido! ¡Si hubiera hecho caso a los temores de Fred, a las predicciones de mi esposa! Te habría estrangulado en pleno viaje, librándonos de tus malditos poderes…

—Ya sé que me odias.

—No debes tener la menor duda. Jamás odié a nadie como a ti… Tú me has causado un daño inmenso y no pararé hasta vengar a los que quedaron en esos mundos que visitamos.

—No lo lograrás.

—¡Eso hemos de verlo!

Sacó la pistola y disparó a través de la puerta. Se oyó un alarido espantoso y el ruido de un cuerpo que caía a tierra, desplomándose estrepitosamente.

Miró por el ojo de la cerradura.

Helen yacía en el suelo, completamente inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado! ¡He matado a esa maldita mujer!

Una alegría indecible, salvaje, se apoderó de él.

No hacía falta que entrase en aquella cabina, donde el cuerpo de Helen terminarla por descomponerse. Lo importante, lo fundamental, ya estaba hecho, y todos los temores habían desaparecido de golpe.

Volvió a la cabina de mando.

Se sentó en el sillón de pilotaje, contempló la lejanía de las estrellas, sabiendo que se acercaba velozmente al Sistema Solar y que el mecanismo autómata le haría aterrizar en la Base de la que había salido antes.

¿Cuándo?

Sonrió tristemente al verse incapaz de recordar el tiempo que había durado aquel fantástico viaje.

¿Una semana?

¿Un mes?

Quizá fuese un año o un siglo. Era igual. Porque el tiempo es el que vive en cada uno de nuestros hechos, el que se acorta cuando el bienestar nos rodea y el que se alarga indefinidamente cuando padecemos.

Se quedó dormido.

* * *

Al despertarse se sorprendió al verse completamente echado sobre una blanda superficie. Sin atreverse, por el momento, a moverse, recapituló los últimos acontecimientos, sintiéndose feliz al recordar que había terminado con lo que tanto mal le había hecho.

Contento, se dispuso a ir al almacén y prepararse algo para comer.

Fue entonces cuando se dio cuenta.

Recordaba perfectamente haberse quedado dormido en el sillón; pero, ahora, se puso en pie sobre una superficie verdosa, que desconocía por completo.

¿Qué le había ocurrido?

Tardó bastante tiempo en darse cuenta de su nueva situación. Era ésta tan disparatada, tan imposible, que tuvo que ir percatándose poco a poco, luchando con la idea de que se había quedado dormido y de que seguía soñando, presa de una pesadilla

espantosa.

Pero terminó convenciéndose de que no era así y de que, a pesar de haber disparado contra Helen, no la podía haber matado, ya que lo que acontecía era una prueba evidente de que seguía poseyendo sus horrendos poderes.

Se puso en pie.

La cabeza le daba vueltas y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar, para no desesperarse, para no terminar definitivamente con su vida, lanzándose desde el sillón en que estaba.

Porque aquella superficie verdosa no era otra cosa que el asiento del sillón y él, convertido en una criatura minúscula, se encontraba en lo alto de aquel asiento que era, comparado con su tamaño, como un inmenso campo de golf.

No debía alcanzar más de seis centímetros de altura, lo que hacía que se hubiese convertido en algo minúsculo, incapaz de moverse en el interior de la astronave, cuyos más pequeños objetos se habían convertido a su vez en gigantes monstruosos.

Haciendo de tripas corazón, descendió por una de las patas metálicas del sillón, deslizándose trabajosamente como lo hubiese hecho desde lo alto de un árbol gigantesco.

Una vez en el suelo, miró asustado a su alrededor.

Era espantoso.

Todo, absolutamente todo, estaba fuera del alcance de su mano. Y los mandos se encontraban a cientos de «metros» por encima de su cabeza, en lugares que, a partir de aquel instante, le iban a ser completamente inaccesibles.

—¡Maldita!

Se había vengado de una manera horrible.

Alan se estremeció al pensar en lo que iba a ocurrirle cuando la astronave llegase a la Tierra. Indudablemente, alguien, al ver la nave llegar, abriría la puerta, encontrándose con aquel homúnculo ridículo, apto solamente para ser expuesto al regocijo del público en una feria.

Se sintió tremendamente desdichado.

—¿Por qué habrá hecho esto, Dios mío? ¿Para qué acabar vengándose de esta manera horrible? Me dijo que me amaba, pero su odio debió ser mucho más espantoso que su amor maldito…

La puerta de la cabina estaba cerrada y Alan comprendió que aquello le condenaba irremisiblemente, ya que jamás lograría abrirla y los víveres y el agua estaban lejos de allí, ¡a kilómetros para él!, en la popa de la astronave.

Aunque, después de todo, ¿qué importaba terminar de una vez? Quizá sería lo mejor que pudiese ocurrirle; a él y a los demás. Porque cuando los hombres abriesen la astronave, cuando ésta se posase en la Tierra, no hallarían más que el cadáver de Helen y un cuerpo diminuto, ridículo, mucho más pequeño que un ratón, que imitaba el aspecto de un ser humano.

Fue entonces, cuando se encontraba tranquilo pensando en el inevitable final, cuando se abrió la puerta.

Una gigantesca silueta apareció en el dintel.

¡Era Helen!

Una Helen pálida, demacrada, con el vestido manchado de sangre y que se apoyaba en el quicio para no caer.

Su rostro, esta vez sin afeites ni arreglos, mostraba claramente, sin ambajes, toda la malignidad que habitaban en su alma. Era, sencillamente, una máscara de horror, algo que no podía ser descrito con palabras.

Ella miró por todos los lados, sin verle.

—¿Dónde estás, ratoncito mío? ¿Creías poder matar a Helen así, eh?

Lanzó una histérica carcajada.

—Me estoy muriendo —dijo después—; pero he logrado ponerme en pie y llegar hasta aquí… ¡Te encontraré, maldito, y te aplastaré con mi pie antes de exhalar el último suspiro!

La voz de Helen llegaba a Alan como el rugido de un trueno y casi no podía comprender lo que aquélla decía.

El pánico se apoderó de él.

Ahora se daba cuenta del motivo que había tenido ella para reducirle de tamaño. Sintiéndose herida de muerte, había querido terminar con él, sin peligro alguno, sin esfuerzo casi.

Porque ¿qué esfuerzo hay que hacer para aplastar a un ratoncillo con el pie?

Y eso era él ahora, un ser diminuto, indefenso, incapaz de escapar a la venganza de aquélla, harpía.

—¿Dónde estás, pequeño mío?

Retrocedió asustado.

Y aquello fue lo que hizo que ella lo descubriese.

Si no se hubiera movido, quizá hubiese escapado a la vista vacilante de la mujer, pero ésta le descubrió en seguida.

—¡Ah! ¿Estás ahí, verdad…? ¡Ya verás lo que sufres ahora, maldito! Porque no te aplastaré de un golpe, sino que lo haré despacio, despacito. ¡Quiero verte sufrir!

Alan, loco de pavor, corrió junto a la pared, logrando pasar junto a las piernas de ella y saliendo de la cabina al pasillo, pensando que, si lograba salvarse, estaría mejor al lado de las provisiones que lejos de ellas.

—¡Maldito gusano!

Echó a correr detrás de él y lo alcanzó casi en seguida.

De no haberse metido entre los tubos que corrían por el suelo, a lo largo del pasillo, el pie de Helen le hubiese aplastado con toda seguridad.

Escondido entre los tubos, el hombre temblaba de pies a cabeza, sintiendo la inminencia de aquel peligro horrible, del que, por mucho que hiciese, no podría escapar.

—¿Te has escondido, eh? ¡Qué listo eres!

Retrocedió, apoderándose de un hacha de emergencia que había aferrada a la pared.

—¡Voy a darte un concierto estupendo, amor mío! ¡Verás cómo sales en seguida!

El primer golpe hizo creer a Alan que se había vuelto loco o que la cabeza le había estallado en pedazos. La vibración metálica de la cañería le produjo tal malestar que tuvo que apoyarse en una de ellas para no desplomarse.

Un nuevo golpe le hizo caer atontado.

Dándose cuenta de que no podría resistir un tercero y con la idea clara de que sus tímpanos habían estallado, Alan salió como pudo e inició una nueva y loca carrera por el pasillo.

Helen le tiró el hacha.

El aire del instrumento le azotó el rostro y vio la gigantesca hacha pasar sobre él, como un avión gigantesco, estrellándose con un horrísono ruido en el suelo.

Helen avanzó lentamente hacia él.

Una sonrisa diabólica entreabría sus labios.

—¡No escaparás!

Levantó el pie izquierdo, conteniéndose el vientre del que seguía manando sangre.

Alan cerró los ojos.

Después, súbitamente, algo tremendo le golpeó en la cabeza y Alan se desplomó, sintiendo que se hundía en un abismo sin fondo.

Su último pensamiento fue para Gladys.

* * *

> «No sé cómo empezar, Fred… Ya veo, desde la cabina, nuestro amado Sistema Solar y espero estar allí antes de dos días.
>
> »¿Vives acaso, amigo mío? Ésta es la pregunta que me hago ahora constantemente. Porque, después de todo lo que he pasado, no puedo imaginar que no me espere al llegar a la Tierra la última y desagradable sorpresa: la de que la civilización haya desaparecido.
>
> »Aunque, después de todo, me es igual.
>
> »Salí del planeta huyendo de una probable guerra atómica y me lancé ciegamente a la más horrible aventura que un hombre haya podido conocer o imaginar jamás.
>
> »Lo he perdido todo, Fred: esposa, amigos, ansia de vivir… Sólo tú me quedas y es muy posible que también hayas dejado de existir hace mucho tiempo.
>
> »Si fuese así, éste sería mi último dolor.
>
> »A veces me digo que estos mensajes que te envío son completamente inútiles y que ningún aparato los recibirá en tu laboratorio. Porque éste, como todo lo demás, habrá sido ferozmente destruido por la estúpida locura de los hombres.
>
> »De todas formas, cualquier cosa, incluso la guerra, es preferible a esta especie de horrenda pesadilla que

he pasado… ¡Y si fuese solamente, una pesadilla!

»Pero todavía tiemblo, amigo mío.

»Hace poco, aunque el tiempo ha perdido toda significación para mí, me miré en un espejo y mis cabellos están completamente blancos… ¿Te extraña eso?

»A mí, no…

»Ya sé que he escapado a la muerte; pero ahora, cuando me doy cuenta de lo que puede esperarme al llegar a la Tierra, creo que hubiese preferido que el pie de Helen se hubiera posado sobre mi diminuto cuerpo.

»Ya te he contado que me encontré acorralado, en aquel rincón, y que ella, con una salvaje alegría en los ojos, levantó su pie izquierdo, dispuesta a aplastarme como a un gusano.

»Así me llamaba.

»De repente, sin saber lo que me ocurría, perdí el conocimiento a consecuencia de un golpe, recobrándolo poco después.

»Lo que me había golpeado en la cabeza era una mano de Helen que, al caer, bruscamente, intentó atraparme entre sus dedos asesinos, para desmenuzarme…

»Pero Dios no lo quiso.

»Todavía estaba viva cuando logré escapar por entre sus brazos. Sus ojos, no obstante, estaban cerrados y su respiración era dificultosa. Los dedos se crisparon espasmódicamente.

»Estaba agonizando.

»Me alejé de allí, temblando aún de pavor, separándome de aquel cuerpo gigantesco que se estremecía de vez en cuantío luchando desesperadamente contra la muerte que se había apoderado ya casi de él.

»Me detuve para mirarla.

»Contemplando a aquella mujer, sentí una congoja indecible, al pensar que a pesar de todo había sido desgraciada hasta el final.

»Entonces murió.

»Inmediatamente, sentí algo extraño.

»Una especie de vértigo se apoderó de mí y momentos después recuperé el tamaño normal, como había sido siempre, lo que me demostró que los poderes de aquella fatídica mujer habían cesado definitivamente con la muerte.

»Apenas podía creerlo.

»Ya no tenía que temerla.

»Puedes imaginarte fácilmente la alegría que experimenté, a pesar de aquella fatiga espiritual que me aplastaba con su horrible peso. Estaba cansado, infinitamente cansado. Y, por primera vez, comprendí que un hombre puede vivir, en el transcurso de un tiempo relativamente corto, eternidades enteras.

EPÍLOGO

—Esto ha terminado, Fred.

Y mi amigo Harry sonreía, tan complacido como yo.

—Sí —repuse—. Ha sido una larga y fatigosa conferencia. Piensa que llevamos quince días en Berlín; pero de todos modos merece el tiempo que hemos perdido.

—Naturalmente.

—Vinimos temiendo que saliese de aquí una declaración de guerra; pero, por lo que parece, los hombres empiezan a darse cuenta de que la locura bélica tiene un límite. Y que cuando la autodestrucción total aparece, un instinto de conservación, mucho más fuerte que el ansia y la ambición, hace que sienten la cabeza.

Harry asintió.

—Creo —dijo, después de encender un cigarrillo—, que no se declarará una guerra en mucho tiempo.

—¡Jamás!

—¿No es demasiado seria esa palabra?

—No, Harry… He podido darme cuenta de que los hombres se han percatado del peligro de declararla. Por mi parte, al hablar públicamente del horror que para los supervivientes tendría un nuevo conflicto, he creído contribuir a esta atmósfera de paz que se ha logrado.

—Estuviste muy bien, Fred. Sobre todo cuando demostraste que la desgracia, en una guerra futura, era sobrevivir.

—Es verdad. La muerte es algo que nos acompaña siempre, algo tan consustancial con la vida, que ésta no existiría sin aquélla. Todos tememos a la muerte, pero es preferible morir a sufrir de la indecible manera que se padecería después de un conflicto nuclear.

—Tienes razón.

—Ahora me explico que un amigo mío huyese del planeta. Él sabía, como yo, lo que podía suceder si la guerra estallase. Por eso se fue.

—¿Quién es?

—Un muchacho llamado Alan. Estudió conmigo.

—¿Y dónde fue?

—Lo ignoro. Pronto, cuando regrese a casa, sabré si ha logrado la felicidad que perseguía. Me entregó un aparato de su invención capaz de recibir mensajes, que mi receptor automático habrá ido captando.

—¡Qué interesante!

—Puedes venir conmigo, Harry.

—¿De veras?

—Sí.

—Me interesará mucho saber si han logrado llegar a algún sistema interesante. Porque, a pesar de tu seguridad en la paz…

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo en que los hombres sepan conservar la paz que se han prometido.

—No temas.

—Ya sé que tú estás convencido; pero de todos modos te agradezco que me dejes oír lo que tu amigo haya podido haber visto.

—Eres mi invitado.

* * *

Coloqué el receptor en un sitio prominente, sentándonos mi amigo y yo en cómodos sillones.

Yo había comprobado la cantidad de película impresionada y por eso dije:

—¿Sabes que no ha pasado mucho sin dirigirse a mí?

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha impresionado muchos metros de película sonora, Desde luego, no ha debido de irle muy mal cuando ha tenido tiempo de contarme tantas cosas.

—Mejor que mejor.

Ofrecí un habano a Harry y puse en marcha el aparato. Un

sistema de altavoces, estratégicamente situados, empezaron a dejar oír la voz de Alan.

Durante todo el día, apenas sin movernos, oímos el alucinante relato de mi amigo. Nos olvidamos de todo, de los habanos, de la bebida e incluso de la comida.

Harry contemplaba el aparato, con una expresión cambiante en su rostro, que del horror iba a la más franca incredulidad.

Yo por mi parte estaba aterrado.

Cuando el aparato enmudeció, después de seis horas de funcionamiento continuo, Harry exhaló un suspiro profundo, como si acabase de quitarse un tremendo peso de encima.

Yo le miré.

Después de encender con manos temblorosas el habano que tenía apagado, se volvió hacia mí.

—¡Pobre muchacho! —exclamó.

—Sí —asentí.

—Ya había oído yo hablar de la locura del espacio, pero nunca me imaginé que fuese tan horrible.

Me sobresalté.

—¿Cómo? ¿Crees que se ha vuelto loco?

Me miró, con una cómica extrañeza pintada en el rostro.

—¡Pero… Fred!

—¿Qué quieres decir?

—Que nadie dudaría, al oír lo que nosotros acabamos de escuchar, que tu pobre amigo debe ir a un manicomio.

—Alan no está loco.

Sonrió, creyendo que se trataba de una broma. Y siguiéndola:

—Entonces, los que estamos locos somos nosotros.

Hubo una pausa.

—No, Harry —dije—. Ni nosotros, ni él. Todo te sería sencillísimo si hubieses conocido a Helen.

—¿A… esa bruja maldita, de extraños poderes, como él la llama? ¿Vas ha hacerme creer, Fred…?

Le interrumpí.

—Ya sé que todo esto te parecería una loca fantasía; pero Helen era una mujer que poseía poderes especiales —entorné los ojos y como si hablase conmigo mismo—. ¿Era acaso una mujer? ¿Era una criatura humana o alguien llegado de más allá del espacio…?

—¿Cómo? ¿Qué insinúas?

—No lo sé. Ahora, si oír contar a Fred todo lo que hemos escuchado, temo que no hayamos sabido medir la importancia de la verdad.

—¿Qué verdad?

—Es casi seguro que Helen no fuese un ser humano.

—¡Divagas!

—Ya te he dicho que no lo sé. Yo he conocido personalmente a esa mujer. Y, desde un principio, me di cuenta de que era algo extraordinario, la más extraña criatura que conocí jamás.

—Creo que te has dejado impresionar por el relato de un demente.

Le miré con furia.

—¡Alan no es ningún demente, Harry!

—Como tú quieras.

Se estableció un molesto silencio entre nosotros.

—Sea como sea —dijo él después—, ese pobre muchacho ha padecido horriblemente.

—¡Tenernos que hacer algo por él!

—¿Qué?

—Hay que encontrar el sistema donde fue o convencerse si ha regresado ya.

—No, Fred. Tu amigo sigue allí, en esos mundos de pesadilla… y nunca sabrás dónde se encuentra.

—Eso es lo que tú crees. Mi aparato al recibir, marca las coordenadas espaciales del lugar desde donde se emite… ¡Vamos a verlo!

Corrimos al laboratorio, donde examiné el gráfico de coordenadas que mi aparato había ido marcando.

—¡¡No!! —grité.

Mi amigo me miró, fijamente.

—¿Qué ocurre, Fred?

—¡Mira!

Observó lo que yo le mostraba, encogiéndose de hombros.

—No entiendo esas cifras, Fred.

—Es verdad, perdona. Mira, todas estas marcas son iguales. ¿Te das cuenta?

—¿Qué quieren decir?

—Algo verdaderamente increíble… ¡Que la astronave no se ha movido ni un solo instante de la base de partida!

—¡No!

—Ésa es la verdad, amigo mío.

—Entonces… ese viaje…

—… no ha existido. Ahora es cuando temo que Alan haya perdido la razón.

Puso una de sus manos sobre mí hombro.

—No sabes cuánto lo lamento…

—Gracias.

Permanecimos en silencio.

—¿Y dices que la astronave no se ha movido?

—Eso es.

—Entonces debe de estar en la Base.

Le miré con asombro, no dando crédito a que la idea no se hubiera abierto camino en mi cerebro.

—¡Qué estúpido soy! ¡Corramos, Harry! ¡Algo horrible ha debido pasar en esa diabólica astronave!

—¿Es muy lejos?

—A una quincena de millas de aquí.

—¡Vamos!

* * *

Corrimos como locos, haciendo que nuestro vehículo se tragase aquella distancia en un santiamén.

La base estaba cerrada y nos vimos obligados a saltar la tapia, avanzando entre los hangares y laboratorios. Pero, desde el primer momento, vimos la plateada astronave en su rampa de lanzamiento.

—Tus aparatos no se han equivocado, Fred.

—De eso no dudé jamás.

Nos acercamos con cierta prevención, no sabiendo lo que podía esperarnos allá. Al mirar el aparato, hubiese dado cualquier cosa por haber visto a través de sus plateadas paredes el horror que imaginaba en su interior.

La puerta estaba fuertemente cerrada.

—Voy por un soplete —dije—. En seguida abriremos.

Pero nos costó más de lo que imaginábamos.

Finalmente, pude introducir una mano por el orificio que había hecho, abriendo la puerta de un empujón.

Un hedor espantoso llegó hasta nosotros.

Nos mirarnos, sin que hiciese falta decir nada para que comprendiésemos que, desdichadamente, habíamos llegado tarde.

Sacando fuerzas de flaqueza, penetré en el aparato, con un pañuelo en las narices, seguido de mi amigo, que me había imitado, ya que de otro modo era imposible resistir el horripilante olor que emanaba del interior.

Las luces estaban encendidas por doquier, lo que quería decir que la pila atómica auxiliar había funcionado perfectamente y seguía funcionando, procurando calor y atmósfera respirable, además de luz.

El cadáver de una mujer estaba junto a una de las puertas.

—Helen —dijo Harry.

Miré a aquel cuerpo destrozado por la descomposición, venciendo la repugnancia. Y dije:

—No. Es la pobre Gladys.

Un poco más allá, en medio de uno de los pasillos, encontramos el cuerpo del profesor Bright, igualmente en estado de descomposición. Junto a él, el cuerpo peludo del mono, cuyas fuertes manos estaban aún ceñidas al cuello de su dueño.

—¡Le mató de verdad!

—Ya lo ves…

—No comprendo nada.

—Yo tampoco.

Y después de una pausa dije:

—Sigamos.

Yo estaba, sin saber exactamente por qué, casi seguro de que una sorpresa nos esperaba.

Y así fue.

Cuando llegamos al pasillo central, Harry lanzó un grito de horror, señalándome algo que yacía en el suelo, junto a un rincón.

Algunas ropas de mujer cubrían «aquello» que, indudablemente, no era ni muchísimo menos, un cuerpo humano.

Acercándome, no sin temor, pude darme cuenta de que se trataba de algo alargado, de cerca de dos metros de alto, con una prominencia blancuzca en un extremo, de la que surgían tres pares

de antenas. No tenía ni brazos ni piernas.

—¿Quién es?

Miré a Harry.

—Es… Helen.

—¡No es posible!

—Es su ropa, amigo mío. Ya te dije que sólo un ser extraterrenal era capaz de poseer tan horribles poderes.

Guardamos un corto silencio, que mi amigo rompió.

—¿Y Alan?

Separé la vista de aquel cuerpo horrible, mirando a mi alrededor.

No veía a nadie.

—No sé —dije.

Fue entonces cuando Harry me señaló el fondo del pasillo.

—Allí está la cabina de mando, Fred.

—Sí, ya sé.

Lo sabía.

Pero temía dar un solo paso hacia adelante y hubiese preferido, mil veces, dar la vuelta y salir corriendo de allí.

—Sí, ya sé —repetí.

Y eché a andar como un sonámbulo hacia la cabina de mando, temblando de pies a cabeza.

¿Qué nos esperaba allí?

Tuve que detenerme varias veces, como si las fuerzas me fallasen; pero, finalmente, llegué hasta la puerta, parándome ante ella y volviéndome para mirar a Harry.

—¿Es necesario, amigo mío? —pregunté.

—Sí, Fred. Es necesario.

Me volví, penetrando en la cabina.

Alan estaba allí.

Lo vi de espaldas, sentado en el sillón del piloto, pero jamás hubiese pensado, si él no me lo hubiese dicho, que aquella cabeza blanca era la de mi amigo.

Avanzando prudentemente, di la vuelta de manera a mirarle al rostro. No me atrevía a llamarle y Harry, detrás de mí, tampoco hacía el menor ruido.

Alan miraba hacia el frente, sus ojos estaban extraordinariamente abiertos y una estúpida sonrisa entreabría

ligeramente sus labios.

Miré a Harry, que me rogó silencio, sacándome de allí.

Una vez fuera de la astronave dijo:

—Debe seguir en estado cataléptico.

—¿Qué podemos hacer?

—Llamar una ambulancia. Hay que sacarle de ahí inmediatamente. Además, debemos llamar a las autoridades para que retiren los cadáveres.

—Hazlo, por favor…

Comprendió que yo no tenía fuerzas para nada.

Permanecí al lado de la astronave, dejando que mi mente tejiese hipótesis tras hipótesis, alejándome voluntariamente del recuerdo de la imagen de mi amigo, sentado en el sillón.

Momentos después, Harry estaba nuevamente a mi lado.

—Ya está hecho todo.

En efecto, una ambulancia llegó poco después, así como dos coches con las autoridades judiciales, para el levantamiento del cadáver.

Harry habló con ellos.

—El ser extraño que hay en uno de los pasillos nos pertenece… Nos lo llevaremos al laboratorio.

—Bien.

* * *

Hacía mucho tiempo que no veía a Harry.

Me pidió que le entregase el cuerpo de lo que había sido «Helen» y yo se lo di, encantado de no volver a ver más aquel horror.

Yo me dedicaba a mis trabajos, yendo a ver a Alan a la clínica donde le habían enviado.

Los médicos, a pesar de la gravedad del caso, me dieron esperanzas. Y éstas se cumplieron.

Una mañana, al entrar en la clínica, el doctor me sonrió, al estrecharme la mano.

—Se ha salvado, amigo mío.

—¿De veras?

—Ya está completamente fuera de peligro. Puede hablar con él.

Subí la escalera «roulante» adelantándome a su marcha, que

nunca me había parecido tan lenta. El médico me seguía, llegando a cogerme por el brazo antes de que saliese al pasillo.

—¿Qué quiere?

—No debe molestarle mucho. En realidad, ninguno de nosotros se explica cómo ha podido recuperarse tan aprisa.

—¿No está bien?

—Perfectamente.

—¿Entonces?

—Ayer estaba todavía en un estado semicomatoso. Con toda franqueza, no creíamos en algo tan súbito.

—Alan fue siempre un muchacho fuerte.

—No le moleste demasiado.

Dejé de hacer caso al doctor y penetré alegremente en la habitación de mi amigo.

Éste estaba sentado en la cama, desayunándose con un formidable apetito.

—¡Hola! —exclamé.

Me miró con un brillo de sincera alegría en los ojos.

—¡Fred!

Nos abrazamos.

—¿Te encuentras perfectamente bien? —le pregunté.

—Perfectamente.

—¡No sabes cuánto me alegro!

Tenía, naturalmente, el cabello blanco, pero había desaparecido de su rostro juvenil, no obstante, aquella sonrisa estúpida que tanto me alarmó cuando lo vi en la astronave.

—No quiero acordarme de nada —me dijo—. Ya he padecido bastante y deseo empezar a vivir de nuevo.

—¡Lo lograrás!

Me sonrió.

—No lo dudes, Fred.

Pasamos un rato agradable, haciendo proyectos sobre lo que iba a ser nuestra existencia a partir de aquel momento.

—Ya me he enterado de que habéis logrado detener la guerra.

—Sí, Alan. Ya no debes temer nada. La humanidad ha logrado controlar sus alocadas ambiciones, dándose cuenta de que un nuevo conflicto sería, sencillamente, el suicidio del hombre.

Cuando salí de la clínica ya era de noche.

Había comido en compañía de Alan y estaba contento de que todo hubiese acabado bien. Por otra parte, era satisfactorio que mi amigo no desease envenenarse con los dolorosos recuerdos del pasado.

Al llegar a casa entré silbando una vieja canción, cosa que no hacía desde muchísimo tiempo atrás. Pero cuando entré en el despacho vi que Harry estaba allí.

Una mortal palidez cubría su rostro.

—¿Estás enfermo? —le pregunté.

No me contestó, dejando que un molesto silencio corriese entre nosotros; después, sin dejar de mirarme, preguntó a su vez:

—¿De dónde vienes?

—De ver a Alan. ¿Sabes que se encuentra perfectamente bien?

Sonrió.

—Me lo imagino. Ven conmigo.

—¿Dónde?

—¡Ven conmigo!

Su tono no era de los que admitían protesta alguna. Así, encogiéndome de hombros, le seguí, montando en su coche, que sólo se detuvo, sin respetar ningún semáforo, ante la puerta de su casa.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ahora verás.

Atravesamos su mansión, descendiendo al laboratorio, que yo ya conocía.

Una forma yacía sobre una mesa de mármol cubierta por una sábana.

Yo me imaginé que sería el ser monstruoso que yo le había donado para su estudio; pero cuando de un tirón descubrió el cuerpo lancé un alarido de horror.

¡Era Alan!

Sus cabellos no estaban blancos y su rostro sereno era el que yo había conocido siempre.

—¿Está… muerto?

—Si.

Hubo un largo silencio.

—No… com… prendo —balbucí.

—Yo sí.

Le miré con asombro.

—¿Qué ha pasado, Harry?

—Muy sencillo. El monstruo no había muerto.

—¿Eh?

—Es decir. El cuerpo que tomamos por el de Helen era, en realidad, el de Alan.

—¡No!

—Señaló el cuerpo.

—Ésta es la prueba, Fred. El Alan que vimos sentado en el sillón era él, el ser que ha llegado, con no sé qué propósitos, a la Tierra.

—¿Entonces?

Asintió con la cabeza.

—Sí, Fred. El Alan con el que has pasado el día es la horrible criatura extraespacial.

Me quedé helado.

—Comprenderás —dijo él, después de una pausa— que hemos de destruir definitivamente esa horrenda criatura.

—¿Cómo? ¡Si es indestructible!

Sonrió.

—Hay algo —dije al cabo de un instante— que ha sido, desde siempre, un elemento de destrucción formidable.

—¿Cuál?

—El fuego.

Y me mostró un extraño aparato.

—Lo he terminado de montar esta mañana, cuando descubrí que el cadáver que me habías dado era el de Alan. Indudablemente, «Helen», de alguna manera hay que llamar a esa horrenda criatura, influyó sobre nuestras mentes, haciéndonos ver aquella monstruosidad… En realidad, no hizo más que aprovecharse de tus propias ideas.

—Comprendo.

—Creo que ahora no corremos peligro alguno, ya que se considera completamente vencedor; pero, si nos acercamos a él pensando en su destrucción leerá nuestros pensamientos y escapará.

Pregunté:

—¿Cómo hacerlo entonces?

—Atacando por sorpresa.

—Pero…

—Yo lo haré, Fred. Él no me conoce.

—Creo que tienes razón.

Bien. No corre prisa. Mañana por la mañana iremos a la clínica. Tú te quedarás en los alrededores o en el «*hall*»… Yo subiré a su cuarto.

—Es el 112.

—Gracias. En cuanto abra la puerta le lanzaré una llama que le destruirá completamente.

Puse la mano sobre el hombro de mi amigo.

—¡Gracias por todo!

—No debes dármela, Fred. Ignoramos el porqué de la presencia de esa criatura en la Tierra; pero es casi seguro que sus propósitos no son nada buenos.

—¡Y que lo digas!

* * *

Pasé una noche horrorosa.

A la mañana siguiente el claxon del coche de Harry me hizo salir, casi sin acabar mi taza de café.

Estaba sonriente.

—Acabaremos en seguida, Fred.

—Eso deseo.

Diez minutos más tarde estábamos a la puerta de la clínica. Yo bajé con él y entré en el amplio «*hall*».

—Espera aquí.

—Prefiero acompañarte, Harry. No podría aguantar mis nervios.

—Pero…

—No entraré en la habitación, no te preocupes. Te esperaré en el pasillo. No creo que le des tiempo de hacernos nada.

—Seguro.

Subimos despacio, adentrándonos por el pasillo y deteniéndonos ante la puerta 112.

Harry se llevó el índice a los labios, rogándome silencio.

Asentí con la cabeza.

Abriendo la puerta, echó una ojeada al interior. El falso Alan dormía apaciblemente y sólo eran visibles sus cabellos blancos.

Harry apuntó con su aparato y una llama envolvió la cama.

Pero en aquel momento yo saqué la pistola que había cogido en mi casa y descargué el cargador en la cabeza de Harry, que se desplomó.

No perdí el tiempo.

Cogiendo su aparato, que había caído a tierra, le rocié de llamas, hasta que su cuerpo no fue más que un montón informe de restos carbonizados.

El médico penetró en tromba, seguido de varios agentes de policía y… ¡de Alan!

—Ya está —dije, lanzando un suspiro.

Uno de los médicos apagó el fuego de la cama, quitando el maniquí que, con una peluca blanca, había engañado a Harry.

¡A Harry!

Su cuerpo fue encontrado en el laboratorio de su casa. Y era el mismo que yo había visto bajo el aspecto del de Alan.

—¿Cómo te diste cuenta, Fred?

—Al ver, cuando te visité, aquella pequeña cicatriz que te hiciste en la muñeca trabajando en el laboratorio de la Universidad conmigo.

—¡Es verdad!

—La visita del falso Harry me trastornó, pero no tanto como para no darme cuenta de que me estaba engañando. Él se había llevado el «cadáver» del monstruo… y aquello me hizo desconfiar. Por otra parte, la cicatriz me hizo convencerme de que tú eras el verdadero Alan.

»Es indudable que “Helen” no pudo vengarse de ti, ya que nosotros llegábamos a la astronave y no tenía tiempo de acabar de matarte. Su estado de debilidad debía ser extremo.

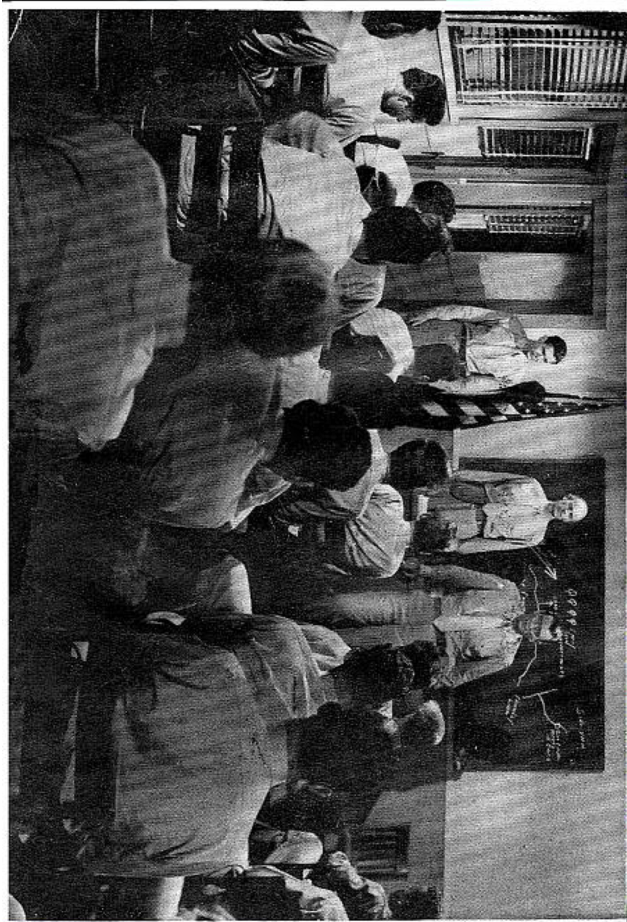
»Pero, al ser trasladada al laboratorio de Harry, recuperó su vitalidad, matando a nuestro pobre amigo y sustituyéndolo. Lo demás es sencillo: vino a visitarme y urdió su venganza final.

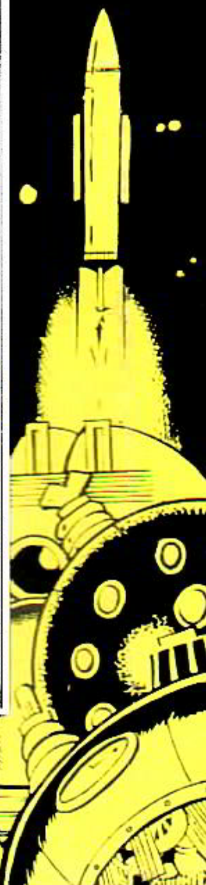
»Eso es todo.

No hablamos más, pero nuestro silencio estaba lleno de significación horrible para nosotros…

Él había vivido una pesadilla, pero yo también había tenido mi parte…

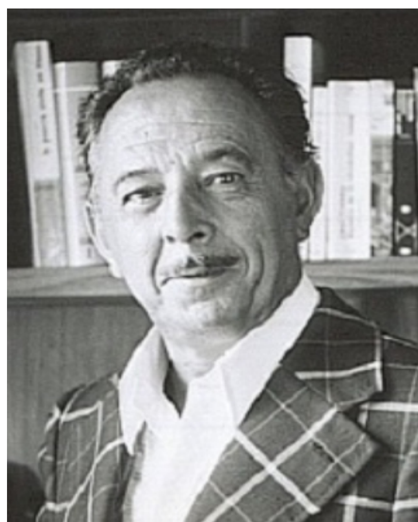

FIN





Escena de INFIERNO EN LAS NUBES,
de Radio Films, S.A.E.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.